



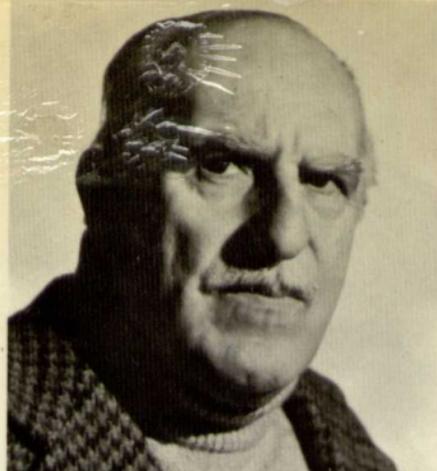
RAMON SOLIS

VAQUERO

ARTISTAS ESPAÑOLES CONTEMPORANEOS



1599



Joaquín Vaquero Palacios es uno de los pintores españoles de mayor proyección internacional. Trabajador incansable, viajero incesante, se ha enfrentado con los más diversos paisajes, ha llevado su obra a las más acreditadas salas de exposiciones del mundo entero y sus telas figuran en los más importantes museos. Quizá lo más definitorio de Joaquín Vaquero, el secreto de su arte, esté en haber llegado a las raíces mismas del paisaje en una lenta y profunda elaboración. Joaquín Vaquero nace en Oviedo en 1900 y estudia la carrera de arquitectura en Madrid. Su sólida formación artística y matemática le presta a su arte unas características esenciales de dominio de los volúmenes, una maestría en la composición, en las perspectivas, que le distinguen de otros pintores de su tiempo. Por el camino de una inquietud incesante, Vaquero, en su peregrinaje artístico por el mundo en busca del paisaje, en busca de la diversidad de su arte, ha

9.128

VAQUERO

RAMON SOLIS

*Premio Nacional de Literatura 1970.
Premio Fasteurath de la Real Academia.*



DIRECCION GENERAL DE BELLAS ARTES

VAQUERO

R. 33.781



Edita: Servicio de Publicaciones del Ministerio de Educación y Ciencia.
Secretaría General Técnica

Imprime: Gráficas Alonso - Pacorro, 14 - Madrid-25

Depósito Legal: M. 8832 - 1973.

I. S. B. N. 369 - 0252 - 1.

EL PINTOR

No es ninguna casualidad que en una colección como ésta en la que, tomo tras tomo, van colaborando los más importantes críticos de arte, irrumpa de pronto, cuando nadie lo espera, un novelista, si bien de antiguo enamorado de las bellas artes, profano en el difícil arte de escribir sobre la maravillosa realidad de una obra artística. No es ninguna casualidad. Para comprender y llegar al fondo de la pintura de un artista tan sinceramente depurado en su arte como Vaquero hay que conocer al pintor, tan íntimamente ligado a su arte, hay que conocer su ambiente, su entorno, su familia, su casa, haberle escuchado sus largos y sabrosos relatos sintiéndose familiar a aquella sonrisa entre ingenua y pícara que ennoblece su rostro. Esa sonrisa que es, al mismo tiempo, sonrisa de hombre que está de vuelta de todo y sonrisa ingenua de niño ilusionado. No se conoce así como así a un hombre de la categoría humana de Joaquín Vaquero Palacios. Ese es un privilegio de los amigos. Y el

saber contar a los demás cómo es el amigo es ya un privilegio de novelista. El que sepa yo hacerlo bien o no, es ya harina de otro costal.

Siempre he pensado que lo más interesante en este tipo de monografías, lo más importante, es dar al admirador de la obra de arte no las razones críticas de la obra que tiene ante sus ojos, sino la razón humana de quien la creó. Lo que importa es el hombre que crea y por qué lo hace. Las obras permanecerán. Variarán las modas, cambiarán muchos conceptos y con el paso de los años irá mudando la sensibilidad del espectador de la obra artística. De poco servirá a quien lea esta monografía dentro de unos años la opinión crítica actual sobre la obra de Vaquero. El lector de este libro tendrá en sus manos varias fotografías de sus cuadros, algunas reproduciendo casi fielmente el color; tendrá, por otra parte, sus cuadros en los museos, donde podrá contemplarlos y sentir y opinar por sí mismo. Lo que no tendrá es la suerte de haber conocido a Joaquín Vaquero. De aquí la necesidad de contarle cómo es, cómo piensa, cómo siente; cómo pinta lo puede ver con sus propios ojos.

Joaquín Vaquero es alto, erguido, derecho, atlético de complexión. Cuando escribimos estas líneas ha sobrepasado los setenta años. Nadie lo diría. Si no fuera porque la fecha de nacimiento figura en los diccionarios del arte podría quitarse todos los años que quisiera; pero eso que hacen, por otra parte, muchos pintores y escritores, no le va a él que es fundamentalmente sincero. No lo niega, pero lo desmiente con su presencia física. Luis López Anglada, que lo conoce muy bien y que, además, tiene la suerte de ser poeta, definió a nuestro hombre en un soneto y lo comparó con un senador romano. No iba descaminado. Yo diría más bien por su porte, su empaque de señor, tiene más de coronel inglés de la

época victoriana, de coronel en activo, con una larga serie de servicios en las colonias. Naturalmente eso es sólo en lo que se refiere a su presencia física, a su porte y empaque, porque en lo demás nada tiene de inglés. Vaquero es asturiano y asturiano que ejerce siempre como tal, y tiene la hombría de bien, el sentido del humor, la espontaneidad y la nobleza de los hombres de su raza. Ha recorrido el mundo de parte a parte, ha abierto estudio en los más diversos lugares, pero sigue siendo asturiano de los pies a la cabeza.

En la vida, y por tanto en la obra, de Joaquín Vaquero hay un claro signo de plenitud. Vaquero es hombre que ha logrado lo que quería. Ha luchado y ha triunfado; de aquí su aire de patricio romano, de aquí su cordialidad, su compañerismo exento de rencores y celos. Vaquero siempre habla bien de todo el mundo y como cree en las personas que le rodean y tiene muy buenos amigos y ama la naturaleza y las cosas que tiene a su alrededor, es un hombre feliz. Y aquí hay que dar paso a una importante protagonista en este relato: a Rosa Turcios. La causa de que Joaquín Vaquero haya logrado una plenitud y crea en los hombres y ame las cosas, la clave de ese triunfo es Rosa, su mujer, su compañera, su musa..., su conciencia. No se concibe a Joaquín sin Rosa ni a ésta sin Joaquín. Va ya siendo hora de que se escriba sobre la importancia de la esposa en la vida del artista, del escritor, del investigador. Hay demasiada literatura romántica sobre el artista incomprendido y desgraciado en amores, demasiada literatura de novias imposibles y amantes taimadas. Es hora ya de recapacitar en que sólo con la retaguardia bien cubierta puede el hombre luchar en la vida. Rosa ha seguido a Joaquín en su peregrinar por el mundo y ha sabido ser su inspiración sin dejar por eso de ser su compañera. Con alma y sangre de poeta, Rosa

Turcios ha sabido endulzar con su voz cadenciosa de Centroamérica las amargas y sinsabores del artista, ha sabido poner paz en aquel mundo interior de creador, lleno de turbulencias y ha sido el sosiego, el reposo de este hombre inquieto, emprendedor, que ama entrañablemente su libertad. Y por si esto fuera poco le ha dado un hijo, pintor como él, y hecho a su imagen y semejanza. No es fácil ser esposa de un artista sin sentir intensamente el arte; no es fácil ser la esposa de un hombre como Joaquín Vaquero que un día, estando en Washington, siendo soltero, abandona una fiesta agotado por aquel ambiente trepidante, y vestido de etiqueta se marcha al puerto de Nueva York en busca del primer barco que salga y parte rumbo a Jamaica dejando atrás una exposición colgada y cerca de dos mil dibujos que no volvería a recuperar. No, no es fácil ir de un lado para otro con un hombre que vive por entero el arte y sin otra razón para su vida que la de lograr su obra; un hombre que abandona la profesión de arquitecto cuando cuenta ya con una gran clientela que le ha costado años de trabajo, para dedicarse por entero a la pintura. La vida del verdadero artista está llena de renunciaciones, de sinsabores, de incomprendiones. Tienen también sus comprensiones, sus intensas alegrías de artista; pero lo uno y lo otro, sólo lo puede comprender otro artista. En este caso, el pintor tuvo siempre a su lado al poeta, a Rosa Turcios que heredó de su tío Rubén Darío sensibilidad y ternura. La ternura del aquel verso: «Francisca Sánchez, acompáñame». Buena compañía para subir a su estudio de la casa de Segovia a pintar, sabiéndola a ella en la casa cuidándose de él. Buena compañía también la de Joaquín para Rosa que se siente a su lado segura y lograda, comprendida y entrañablemente amada.

Cuando un artista del temperamento de Vaquero, seguro de sí mismo y de su obra, admirado por los

conocedores de arte, elogiado por la crítica, rodeado del ambiente grato de su familia, de sus amigos, sigue, como él sigue, depurando su arte y trabajando día a día intensamente en una constante renovación, es necesario calificarle con ese término que tan alegremente se prodiga y que, en verdad, tanto escasea, el de la genialidad. Aventurada afirmación. Es muy difícil para un coetáneo saber quién es quién en el mundo del arte. Genio es el que queda cuando todo pasa y es difícil distinguirlo cuando está todo aún pendiente de pasar. Pero como el autor de estas líneas no es un crítico de arte, sino un novelista, se puede permitir el lujo de dejarse llevar por la intuición y de decir lo que siente sin arriesgarse a dar otras motivaciones que las de la propia admiración.

En los días en que se escribe este trabajo, Joaquín Vaquero tiene colgada en la sala grande de la Dirección General de Bellas Artes una exposición antológica con más de 90 cuadros. El pintor va allí todas las tardes acompañado de su esposa. Se diría que son los grandes señores de aquel palacio y que reciben en sus salones a los amigos. Es una espléndida oportunidad para contemplar toda la pintura de este gran maestro de la pintura contemporánea, para estudiar su evolución a través de los años. Pero de momento, sólo nos interesa el hombre. Nos interesa erguido, incansable, permaneciendo hora tras hora en pie, saludando a unos y otros; aquel hombre de gesto prócer que sonríe cordial, seguro, ante la extensa muestra donde está reflejada toda una vida de trabajo.

¿Qué piensa Joaquín Vaquero cuando contempla esta exposición antológica? ¿Qué piensa a esta altura del camino, lograda ya su plenitud, de aquellos años de su juventud en la incertidumbre de los comienzos? Vaquero es hombre comunicativo, abierto. Cuando está con los amigos, cuando se encuentra a gusto y se sabe escuchado habla sin cesar. Lo hace

con tanta espontaneidad y sinceridad como gracia. Sabe contar, sabe hilvanar con una extraña habilidad los hechos con agudos comentarios. Cuando Joaquín Vaquero describe algún suceso de su vida o nos describe un ambiente o un paisaje tiene ese raro don, que tanto ambicionamos los escritores, de transmitir plenamente sensaciones e imágenes. Joaquín Vaquero podría ser, si se lo propusiera, un gran escritor y es una pena que no se decida a contar por escrito sus Memorias. Sí; es una pena, porque además de ser un agudo observador tiene una vida tras de él llena de anécdotas y de peripecias viajeras; tiene, y ésto es lo más importante, una manera inteligente y personal de ver las cosas. Pero en tanto se decide, si es que al fin se decide, trataremos de hacer una breve biografía de urgencia. La biografía de un artista es casi siempre reveladora de sus inquietudes; en el caso de un hombre tan sincero y tan independiente como Joaquín Vaquero, que ha hecho siempre lo que le ha venido en gana, es el más claro y contundente medio y manera de conocer su carácter, de conocer las razones de su arte.

El pintor nace en Asturias con el siglo. Su padre es castellano, de Avila, pero llega casi en la adolescencia a Oviedo y allí se afina. Ha abandonado los campos amarillos o pardos, elementales, de la tierra de Castilla, por los de la verde y jugosa Asturias. Se casa y se vincula para siempre a Oviedo, donde nace Joaquín en los últimos días de la primera primavera del siglo. Don Narcirso Vaquero, el padre del pintor, es ingeniero, es un hombre singular que huérfano a edad temprana, desde los catorce años, mantiene a su familia. Un hombre que a fuerza de luchar consigue por sus propios medios labrarse, mediante el estudio, una posición brillante. Cuando nace Joaquín su padre es ya una figura en la vida industrial asturiana, no es ya aquel joven prometedor que llega

de la austera Castilla para hacerse una vida nueva, es ya el ingeniero, el hombre de empresa que crea nuevas industrias. Son años decisivos en la vida económica e industrial de España. Está todo por hacer. Don Narcirso lleva la luz y el agua a Oviedo, funda empresas como la Hidroeléctrica del Cantábrico y está en el primer plano de la vida industrial asturiana. Joaquín toma conciencia de la vida en aquel ambiente social de un Oviedo que promete ser mucho más importante aún de lo que es. En su hogar tiene la lección de un padre que ama entrañablemente el progreso, y la de una madre que aporta la sensibilidad al espíritu emprendedor de su padre. Allí, en aquel hogar se forja el espíritu del pintor.

Joaquín Vaquero nace, pues, en un medio social y económicamente situado, lo que no quiere decir que ésto le ayude demasiado para realizar su auténtica y decidida vocación que comienza a expresarse desde los años de la niñez. Muy por el contrario. Los padres, que como es natural desean lo mejor para su hijo, no se conforman con que elija el camino de la pintura, si no cuenta además con una carrera, y una carrera brillante. Tampoco el hecho de que nazca en la burguesía quiere decir nada. Asturias es región de clara y democrática convivencia, y en aquellos días, aún contrastaba más con el resto de España la ausencia de barreras entre las clases sociales que hay en aquella región. Los Vaquero viven en una fábrica, de la que don Narcirso es director, en un barrio popular ovetense, el barrio del Postigo Bajo. Joaquín es un niño taciturno y callado que prefiere jugar y pintar en casa en lugar de irse a la calle, pero sus padres le curan pronto su afán de soledad y se incorpora a los grupos infantiles que juegan por las calles del barrio, siendo uno más a la hora de las travesuras y de las barrabasadas. Joaquín Vaquero sonreirá con añoranza al evocar aquellos días de su niñez en el



Oviedo provinciano e íntimo de los primeros años del siglo, evocará las figuras populares de entonces, sus juegos infantiles, sus primeros dibujos, aquellos amigos de las más diversas posiciones sociales; en una palabra, aquel mundo infantil que dejaría para siempre marcada su impronta en su carácter.

El bachillerato, año tras año, curso tras curso, va desgranando su adolescencia. Luego la Universidad, la facultad de Ciencias. El joven Vaquero ha elegido la carrera de arquitecto, como la más afín y apropiada para sustentar su vocación de pintor. En aquellos días el programa de estudios de arquitectura se inicia con tres años de Ciencias Exactas en la Universidad. Esto le permite a Joaquín Vaquero permanecer en su ciudad natal hasta los 18 años, edad en la que tendrá que desplazarse a Madrid. Un Madrid de pensiones estudiantiles alegre y despreocupado. En la calle de las Huertas está la pensión de doña Elvira —ocho pesetas diarias la pensión— patios interiores de paredes grises, olor a guisos, tristes bombillas solitarias al anochecer, austeridad, mucha fécula en la comida y no demasiada higiene en la limpieza de las habitaciones. Sin embargo, Madrid es la libertad para un estudiante que llega de provincias y aquel Madrid fácil de conquistar y de gozar se entrega por entero a la juventud.

De momento la máxima aspiración de Joaquín Vaquero es aprobar el dibujo en la Escuela de Arquitectura. Para un joven que quiere ser pintor, que ya asombra a los demás con su manera de hacer tan personal, aprobar el dibujo no parece cosa en la que haya de encontrar dificultad. Pero no piensan de la misma manera los encargados de calificar. Sus ilusiones de artista se ven defraudadas con el primer suspenso, luego viene el segundo, el tercero... Por aquellos días los planes de estudio del Ministerio de Instrucción Pública limitaban las posibilidades de con-

tinuar la carrera a quienes no mostraban aptitudes para ella. El número máximo de suspensos que se podía obtener en una asignatura estaba fijado en la cifra de seis. Vaquero tras el sexto suspenso recibe el oficio, que conserva, en el que se le comunica que ha de dejar los estudios por «inepto para las bellas artes». La cosa era para desanimarse. ¡Ahí es nada!, un documento expedido por el Ministerio de Instrucción Pública rechazándole, incapacitándole para el estudio de las bellas artes por incompetencia, cuando precisamente su vocación era de pintor. Pero Vaquero no se desanima. Precisamente con él han suspendido a un amigo que pertenece a familia influyente y que está dispuesto a manejar sus influencias para ampliar el plazo. Efectivamente, pocos días después, el número de suspensos puede alcanzar el tope de ocho. Ni él ni el amigo aprueban en el séptimo examen y en la convocatoria siguiente un octavo suspenso les sitúa de nuevo en una situación límite. Ahora ha de resolverse la situación por un oportuno decreto en el que se suprime cualquier clase de trabas y topes. Joaquín Vaquero respira tranquilo y sigue luchando contra aquel tribunal adverso. Vuelve a examinarse y obtiene el noveno suspenso, más tarde el décimo, el onceavo... Por fin en el intento número trece aprueba el dibujo en la Escuela de Arquitectura. Es el año de 1921. Los estudios de la Escuela no tienen para él dificultad alguna. Siempre fue un buen estudiante. No ha abandonado mientras tanto sus actividades de pintor. Mientras se examinaba una y otra vez de dibujo sin alcanzar el aprobado había conseguido varios premios de pintura, alguno, incluso, internacional. Su carrera de pintor ha ido mucho más deprisa que la de arquitecto. La vocación es un gran acicate. En 1926 hace su primera exposición individual en la Sala del Museo de Arte Moderno. Por aquellos años es director del Museo don Mariano

Benlliure, y la Infanta Isabel, tan popular, tan entrañada en la vida madrileña asiste a la inauguración. El éxito es grande y el joven estudiante de arquitectura se acredita ya como un gran pintor. Hasta entonces Vaquero no ha perdido su contacto con Asturias, aún cuando sus estudios le retienen en Madrid durante el curso, tan pronto tiene una oportunidad regresa a la tierra que le vio nacer. Esta exposición está llena de motivos asturianos y aún más concretamente de la comarca de Somiedo.

El año 1926 Joaquín Vaquero conoce en Madrid a una joven centroamericana, a Rosa Turcios, la que más tarde será su mujer. Joaquín se ha enamorado, pero la muchacha que sólo circunstancialmente se haya en Madrid con sus hermanos, terminados sus estudios en un colegio parisino, está ansiosa de regresar a El Salvador, con su familia. Hace poco que se han conocido. Es aventurado proyectar toda una vida tan precipitadamente. Ella, juiciosa, condiciona el noviazgo a un viaje de él a su país. Joaquín acepta sus condiciones y desde entonces Rosa es un estímulo en sus ansias de éxito y de triunfo. Al año siguiente termina la carrera y expone en París en la sala Knoedler de la Place Vendome, la sala más acreditada de aquel entonces. Sus cuadros impresionan en el mundo artístico parisino. Su pintura, tan austera, tan sin concesiones, no sólo le asegura el éxito en la vecina Francia, sino que había de abrirle las puertas a un mundo para él ansiado, el de Norteamérica. El director de la galería Knoedler pasa por aquellos días por París y queda admirado de la obra del joven pintor español. No son simples palabras de elogio. Mr. Henchel que así se llama el director de una de las salas más famosas de Nueva York, le invita a exponer en su sala y fija fecha para su exposición. Para el joven arquitecto aquella invitación es el más

importante premio que se le pudiera conceder por su incansable trabajo de pintor.

La invitación en sí misma es ya una consagración. Joaquín regresa a España, va antes de nada a Asturias a contarles la noticia a los suyos, luego a Madrid a recoger algunas telas. Ha reunido unos sesenta cuadros, que embala y factura para Nueva York en el puerto de Gijón. Su vocación artística y también su espíritu viajero se han logrado plenamente. Vaquero sueña ya con aquel viaje que ha de abrirle las puertas de una consagración internacional. Todas sus ilusiones se ven colmadas. El viaje al continente americano, al continente donde vive aquella bella muchacha de dulce voz que recita poemas de Rubén y que reúne al lado de una sensibilidad extraordinaria la entereza y la ternura que él sueña que debe tener una esposa. Aquel viaje puede significar un cambio total en su vida.

Vaquero se pone en camino. Embarca en el Havre. Durante el viaje sus sueños van sucediéndose optimistas en su inauguración. Sin embargo, a su llegada a Nueva York la suerte le vuelve la cara. Todos sus sueños están a punto de derrumbarse. Los cuadros no han llegado. El barco que había de traerlos, ha vaciado la carga de sus bodegas y los cuadros no estaban. Tampoco figuran en el manifiesto de embarque. Vaquero se pone en contacto con los consignatarios de Gijón. Le dicen que los cuadros fueron embarcados. En Nueva York, la inmensa y despiadada jungla de Nueva York, sin dinero, sin cuadros, sin poder llevar a cabo su exposición... Otro que no fuera Joaquín Vaquero hubiera dado por perdida la batalla y se hubiera vuelto a su patria, pero él pertenece a una raza de hombres que no se dan por vencidos jamás. Ni siquiera usa las cartas de representación que lleva consigo. No quiere aparecer ante sus paisanos y amigos de Nueva York como un hombre derrotado que pide ayu-

da. No; se abrirá paso sea como sea. Por lo pronto, ha de ir a visitar al director de la sala Knoedler y contarle lo ocurrido. Mr. Henchel comprende el caso y retrasa varios meses la fecha de la inauguración. Su oferta sigue en pie. Esto es lo más importante. Ahora deberá solucionar su problema económico. Este retraso le obliga a permanecer en Nueva York varios meses y él no tiene en su bolsillo más allá de doscientos dólares. Busca un estudio económico en «Greenwich Village», un estudio bohemio dentro del corazón de la bohemia neoyorquina y trabaja con entusiasmo en todo lo que le encargan. Pinta dibujos infantiles, dibujos para telas impresas, anuncios, carteles, ilustra un libro, se coloca en una tienda de muebles para pintar tableros de camas, que en aquellos días era moda ilustrarlas con guirnaldas y canastillas de flores y por último, escenarios para películas. Es invierno, la gran ciudad más inhóspita que nunca, entristece el ánimo del artista con sus crudas heladas, sus nieblas y sus nevadas pertinaces. Pasan los días y las semanas. Vaquero no cesa en la búsqueda de sus cuadros. No desfallece. Día tras día va a la Aduana, a las consignatarias indagando. Al fin los cuadros aparecen. Había sido un error en el embarque y estaban en el puerto de Hamburgo. Cuando los cuadros llegan y puede exponerlos han transcurrido seis o siete meses. Con las obras ya en su poder. Vaquero es ya otro hombre. Ahora si puede usar las cartas de recomendación, ahora si puede buscar ayuda y el apoyo de la sala de exposiciones. Aquellos meses de dura vida, sin embargo, le han abierto las verdaderas puertas de Nueva York, un Nueva York bohemio, de artistas, de millonarios, de borrachos, de universitarios, de jóvenes emprendedores que se enfrentaban con la dura lucha por la vida. Vaquero tiene amistades en todos los ambientes. Ha conocido al pintor Robert Chandler, un tipo extraordinario y gi-

gantesco, siempre sentado e invariablemente borracho, que hacía excelentes retratos y murales impresionantes con temas del fondo marino. Chandler por entonces tenía su propia sala de exposiciones para él solo y una casa donde se reunían las personas más interesantes y diversas. Aunque eran los años de la ley seca, en su casa no faltaba nunca la bebida junto con la grata compañía. Por aquellos años, Chandler era amante de Isidora Ducan que asistía invariable a las reuniones. Allí conocería a los más extraños y famosos tipos de la vida neoyorquina y allí también se envenena y pierde la vista, un día, tras ingerir alcohol de madera.

Joaquín Vaquero podría escribir un libro con sólo contar las infinitas aventuras que vive en aquellos días y cuando en su amena conversación toma por el derrotero de aquel Nueva York de «Greenwish Village» se le anima el rostro y va hilvanando anécdotas y recuerdos en una evocación interminable.

La exposición de Vaquero en la sala Knodler es un gran éxito. El cartel anunciador de las tres salas de la galería, reza del siguiente modo «Dibujos de Duerero, acuarelas de Rodin y óleos de Joaquín Vaquero». Con tan buenos auspicios y en tan prestigiosa compañía, Vaquero, que ya por entonces tiene muchos y buenos amigos en Nueva York, logra un éxito aún mayor de lo que soñara cuando su barco se acercaba a la ciudad. Vaquero ha triunfado en uno de los más difíciles palenques del arte. Ha cambiado de residencia y ha alquilado un lujoso estudio al escritor Wood Kaler. Ante él se abre un horizonte nuevo y tentador. Conoce a los artistas más importantes de la época, a millonarios estrafalarios; toda una galería de tipos interesantes. Arthur B. Davies, la figura más importante del momento, en el mundo artístico de Nueva York, le compra un cuadro y acto seguido vende otro para el Museo de Brooklyn. La pintura de Va-

quero se cotiza a buenos precios, su nombre es cada día más conocido; sin embargo, el pintor no está contento. No soporta aquella vida de gran ciudad que comienza a cansarle. Se encuentra agotado, entristecido, vencido por las añoranzas y ansioso de buscar nuevos mundos para su retina. Le ofrecen la posibilidad de exponer en Washington y acepta, ansioso de alojarse de Nueva York. La «Veerhoff-Gallery» de Washington es el escenario de un nuevo triunfo. La exposición está patrocinada por el Embajador de España, que es entonces Alejandro Padilla, y por el Vizconde de Güel. El mismo día de la inauguración da una fiesta en honor del pintor uno de los archimillonarios más famosos del país, Alexander Kirk, quien tras su paso como embajador en China se transformó en uno de los más importantes coleccionistas del mundo de temas orientales. La fiesta es un alarde de lujo y de riqueza, una verdadera orgía de placeres lícitos e ilícitos. El pintor está agotado, cansado. Han sido muchas las impresiones de aquellos días. No se encuentra a gusto en aquella fiesta, no se encuentra a gusto en aquel país ¿por qué ha de quedarse allí?, se pregunta. Quedarse significa entrar en la danza en la que él no se encuentra a sí mismo, significa apartarse del camino que se ha trazado. Y allí mismo toma una decisión tan imprevista como irrevocable: la decisión de irse cuanto antes. Sin despedirse de nadie sale de la casa, busca un taxi, se va a su hotel donde hace precipitadamente la maleta y amanece en el puerto de Nueva York, dispuesto a marcharse en el primer buque que salga. Cuando recapacita, está navegando rumbo a Jamaica. Sólo entonces comprende la trascendencia de su determinación. Pone varios cables para disculparse ante el embajador, ante los amigos. Ha abandonado su exposición, recientemente inaugurada, ha dejado olvidadas varias carpetas con más de dos mil dibujos y sobre

todo ha dejado una situación brillante, un magnífico mercado para sus cuadros cuando más se cotizaban. Sin embargo, Joaquín Vaquero respira a pleno pulmón en aquellos altamares lleno de ilusiones y esperanzas. Su temperamento se resiste a quedarse en Estados Unidos, sus nervios no soportan aquella vida trepidante. Desde el mar ve alejarse Nueva York como si fuese un gigantesco monstruo del que se liberaba. Vaquero llega a Jamaica. Un mundo nuevo se abre ante sus ojos, un mundo lleno de color y de vida. El pintor que ha llegado allí por pura casualidad se enamora de aquel paisaje y pinta cuadro tras cuadro. Una nueva etapa en la pintura de Vaquero y sobre todo un descubrimiento trascendente para su futuro, el descubrimiento de la multiplicidad del paisaje de la naturaleza. A partir de este momento el pintor siente una invencible inquietud por viajar por conocer nuevos paisajes, por pintar en las más lejanas y apartadas regiones, como si deseara internacionalizar su pintura, como si quisiera poseer con su paleta todos los paisajes de la naturaleza. De Jamaica va a El Salvador en busca de Rosa. Se casan y juntos emprenden un largo viaje de novios que será para el pintor el definitivo reencuentro con su propia personalidad. El Pacífico, de nuevo las Antillas, por último Nueva York a donde el pintor regresa en busca de sus antiguos clientes. Vaquero es ahora un hombre casado, consciente de su responsabilidad. Por aquellos días se convoca en Washington un concurso internacional organizado por la Unión Panamericana, dirigido a todos los arquitectos del mundo para premiar un proyecto para construir el Faro de Colón, y el joven arquitecto que está lleno de ilusiones y de ideas renovadoras, escribe a su amigo y compañero Luis Moya, informándole de la convocatoria y proponiéndole una colaboración. Trabajan juntos ambos arquitectos y su proyecto queda seleccionado

entre los tres que optarán al premio. Esta selección es todo un triunfo, ya que se han presentado 542 proyectos, en su mayor parte firmados por los mejores arquitectos del mundo. Pero la elección del Premio se retrasa. Llega el año 1931 y al fin los organizadores se deciden a fallarlo. Han cambiado para entonces mucho las cosas. La crisis económica ha enfriado el entusiasmo con que los 21 países de América habían acogido el proyecto de construir el faro. Muchos han cambiado de parecer, otros disminuyen considerablemente su aportación. El jurado reunido en Río de Janeiro para el fallo opta por seleccionar no el mejor proyecto, sino el más barato. El fallo provoca una gran decepción en Vaquero; sin embargo, su prestigio de arquitecto ha quedado confirmado. De Río de Janeiro, donde se encuentra en el momento del fallo se desplaza en compañía de su esposa a España. Monta su estudio de arquitecto en Madrid, pero viaja frecuentemente a América: Nueva York, a donde va casi todos los años; México donde había estado una larga temporada en el año 1929 estudiando la civilización maya en el Yucatán y que es uno de los países de su predilección; El Salvador, patria de su esposa; Nicaragua; Guatemala; Costa Rica; Panamá; Colombia; Venezuela; Brasil; Argentina; Uruguay; Chile; las Antillas... Rosa y su hijo le siguen a todas partes. A veces, como ocurre en sus expediciones al Yucatán han de andar por las selvas y desplazarse a lugares en los que no hay hoteles ni comodidad alguna. Es una vida de aventuras, llena de sobresaltos y de inquietudes; la vida de un hombre enamorado de la naturaleza y del arte que no cesa en la búsqueda de nuevas impresiones, de un hombre que ansía captar en su retina de artista el color y las formas de aquella naturaleza exuberante y tentadora.

La guerra civil sorprende a la familia Vaquero en

Oviedo. Aquel reencuentro en situación tan trágica con su patria chica, tan entrañablemente amada, aviva aún más su apego a la tierra que le vio nacer. Tan pronto termina la contienda reemprende sus aficiones viajeras. La segunda guerra mundial dificulta mucho sus viajes anuales. Sabe de submarinos, que emergen para dar el alto, de registros en alta mar, de vejaciones... Su estudio de arquitecto de Madrid tiene cada vez un número más considerable de clientes. Tanto que teme que la profesión acabe con su arte de pintor. Una noche memorable —según el propio decir del pintor— piensa desvelado en su situación. Es muy grande la tentación que ha de vencer. Su fama de arquitecto le produce una economía saludable y un porvenir brillante; pero su trabajo profesional es como un alud que crece y que acabará aplastándolo. No; éste no es su camino, su camino es otro. El ha nacido artista y necesita de su libertad. Tiene que liberarse de todo. Aquella mañana se lo cuenta a Rosa, su mujer. Está decidido a dejar la carrera de arquitecto y dedicarse por entero a la pintura. Rosa, como tantas veces, le comprende. ¡Si él piensa que es lo mejor...! Aún, cuando Vaquero recuerda aquella decisión, sonrío complacido.

—Fue como una inspiración. Me sentí iluminado.

Es el año 1945. De la noche a la mañana, sin dejar tiempo a arrepentimientos, liquida su estudio. Lo abandona todo. Compra su libertad a precio de oro y comienza una nueva etapa en su vida dedicándose por entero a la pintura. En 1950 se marcha con su familia a Roma y abre su estudio de pintor en la Vía de Prefetti. En la Ciudad Eterna permanece hasta 1965. En estos años viene poco a España. Roma y su vieja cultura abre nuevos horizontes a su pintura, nuevas posibilidades a su amor a la arqueología. Sus viajes tienen ahora otros derroteros. Va a Egipto donde pinta los desiertos con tanta fidelidad y amor como antes

pintara las selvas americanas o los paisajes castellanos. Viaja a Grecia en busca de sus ruinas, de sus viejas civilizaciones. Para entonces ya su hijo estudia en Roma la carrera de arquitectura y, como él, también pinta desde niño. Un día es el padre quien le aconseja que deje los estudios y se dedique por entero a pintar. No piensa como sus propios padres que la pintura necesita de una profesión complementaria. Teme que el hijo pueda abandonar algún día la pintura. Joaquín Vaquero admira el arte joven de su hijo Vaquero Turcios, tanto como el hijo admira la obra del padre. Juntos trabajan, cada uno en lo suyo, en la armonía de un hogar que preside Rosa, que es un poco la madre de los dos. Pero Vaquero no se aviene a permanecer quieto en Roma. En 1961 vuelve de nuevo a América. Expone en Buenos Aires. Aprovecha el viaje para recorrer otros países de aquel continente. En 1966 expone en la sala del Museo de Arte Moderno de Madrid. Dos años después vuelve de nuevo a Madrid y expone en Kreisler. En 1969 se instala definitivamente en su antiguo piso de la calle de Serrano. Hace tiempo que ansiaba anclar en su país. Durante sus viajes ha pintado paisajes y temas del mundo entero, pero no por eso se ha olvidado de los paisajes entrañables de su patria. Vaquero, donde quiera que estuviese era capaz de pintar las tierras de España como si las tuviera ante la vista. Especialmente le tientan las tierras secas de Castilla. Hace tiempo que tiene decidido regresar definitivamente a España, y cuando lo hace piensa en buscar un estudio en cualquier lugar tranquilo no muy lejos de Madrid. Un día descubre un viejo caserón en Segovia, una hermosa casa desde la que se domina un bello horizonte castellano. Vaquero se enamora de aquel edificio, sin embargo, tardará algún tiempo en conseguirlo. Mientras tanto se aloja en una bella casita construida sobre la muralla. Al fin un día consigue

el ansiado caserón. como consigue mucho en la vida, gracias a su tenacidad, y a saber en todo momento que es lo que quiere. Vuelve a ser de nuevo el arquitecto que fue, pero esta vez es para arreglar y adaptar a la vida moderna la vieja casona hidalga castellana donde tienen actualmente sus estudios el padre y el hijo, donde los dos tienen en plantas diferentes, colgados sus cuadros en permanente exposición.

Cuando ahora, mes de febrero de 1972, Vaquero, rodeado de amigos, saluda entrañablemente a unos y a otros, en esta exposición antológica de su obra. Erguido y derecho, con la sonrisa siempre en los labios y su empaque de gran señor, podemos leer en su mirada limpia, la felicidad del hombre que ha sabido realizar su obra, fiel a su arte, fiel a los suyos. Un asturiano representativo de todas las virtudes de su raza. Un español que ha recorrido el mundo de parte a parte, que ha pisado los cinco continentes, recreando el paisaje que tenía delante, pero sin dejar de pintar de memoria el múltiple y variado paisaje de España que llevaba muy dentro de sí.

LA PINTURA

La pintura de Joaquín Vaquero es a fuerza de auténtica y sincera, una consecuencia natural de su propia personalidad, de su amor a la Naturaleza, de su sensibilidad y de su carácter independiente e inquieto. De aquí la importancia que en este caso tienen el haber contado, aunque fuera a vuelapluma, la vida del artista antes de enfrentarnos con su obra. Porque Joaquín Vaquero en una constante depuración ha ido dejándose en su cuadros su propia alma. Comentábamos antes que Joaquín Vaquero tiene inquietudes de escritor y que esas memorias de su vida que tantas tentaciones siente de escribir podrían ser una obra literaria interesante. Pero en realidad no necesita escribirlas. Le basta con hacer una exposición antológica de su obra para mostrarnos en toda su amplitud no sólo el proceso de su alma de artista, sino también el transcurrir de su propia existencia en una sincera y eficaz autobiografía. Se puede seguir a través

de su obra pictórica el proceso mental al tiempo que el proceso anímico, las inquietudes del artista y los sentimientos del hombre en su largo peregrinaje por el mundo geográfico y en ese otro mundo aún más maravilloso de la introspección, de sus inquietudes íntimas.

Joaquín Vaquero es, pues, un hombre consecuente, un hombre fiel a sí mismo, lo que en principio es ya de por sí la suprema garantía de que el artista ha encontrado su camino desde el comienzo de su vida artística, camino que ha sabido seguir a lo largo de su vida, sin dejarse llevar por los oropeles de la moda ni caer en las tentaciones de la voluble comercialización. La propia diversidad de su obra confirma, más que otra cosa alguna, esta autenticidad, esta fuerte personalidad de que hablamos. La variedad temática de estilo, de materia, no surge en Vaquero como puede ocurrir en otros artistas de una falta de depuración de su personalidad, de ese ir de un lado para otro de quien no sabe a dónde va. En este caso la diversidad nace positiva de la fecunda y polifacética fuerza creadora del artista, de su constante afán de renovarse a impulsos de su sana y apasionada inquietud de conocerlo todo, de pintarlo todo, de encontrarse consigo mismo. Por eso para estudiar la pintura de Joaquín Vaquero, para penetrar en su mundo de creación, se requiere un esquema previo. Es necesario trazar unos ejes de coordenadas en los que situar su obra, para enmarcarla con el tiempo y el espacio. De una parte se hace necesario tener en cuenta su amplio mundo pictórico, la multitud de paisajes con los que el pintor se ha enfrentado. No es igual pintar los austeros campos de Castilla, ocres o amarillos, que las selvas tupidas de América o los desiertos interminables de Asia Menor o de Egipto. Por otra parte, es necesario tener en cuenta el proceso de evolución constante del

pintor, su ferviente deseo de depuración. Es decir, que el mundo pictórico de Joaquín Vaquero se define en este inmenso campo de ordenadas en el que la coordenada es la amplitud de su mundo de creación y la abcisa su constante renovación; pero si tenemos en cuenta este esquema previo llegamos a descubrir, aun dentro de esta multiplicidad de posibilidades, el pintor mantiene la constante de una manera de hacer, mantiene la vigorosa personalidad de su genialidad.

Al público, a la crítica —sobre todo a la crítica— le agrada encasillar a los pintores y colocarles una incuestionable etiqueta. Cuando el entendido ve un cuadro, quiere enseguida, de buenas a primeras, reconocer en la temática, en la manera de realizarse la obra, en las tonalidades de color o en cualquier otro dato primario, la identificación inequívoca de la mano del autor. Es como si con ello se tratara de cuadrricular la pintura de una época, repartiendo entre los pintores gamas y estilos. Se identifica la personalidad del pintor con esta limitación del campo de sus evoluciones, y es muchas veces el propio artista el que termina buscando su mundo pictórico en este reducido campo que su público le exige. No se dan cuenta quienes piensan de esta manera que la personalidad de un artista es algo muchísimo más complejo, sobre todo cuando este artista posee la inquietud de Joaquín Vaquero. Cierto que en una gran parte de los pintores la depuración de su arte les lleva a alcanzar una definida manera de hacer que salta a la vista con sólo enfrentarnos con una de sus obras, pero no menos personal es la manera múltiple de hacer cuando ésta se ajusta a un proceso de creación. En definitiva la personalidad del artista es en cierto modo como una ecuación. El artista reacciona ante algo que le impresiona de una manera definida y personal, es decir, que a cada valor de la variable

corresponde un valor de la ecuación. Claro que el símil no sería perfecto si no tenemos además en cuenta que existen ecuaciones de primero, de segundo y de múltiple grado. Joaquín Vaquero tiene su ecuación en su almario aunque no se encuentre ésta fácilmente a primera vista y es necesario enfrentarse con una exposición antológica como la que antes aludíamos para llegar a entenderla.

Comenzaremos por tanto analizando el proceso evolutivo del pintor, proceso en el que interviene de manera decisiva su constante afán de conocimiento, su inquietud viajera y sobre todo ese ansia desmedida de vivir y de crear que le caracteriza.

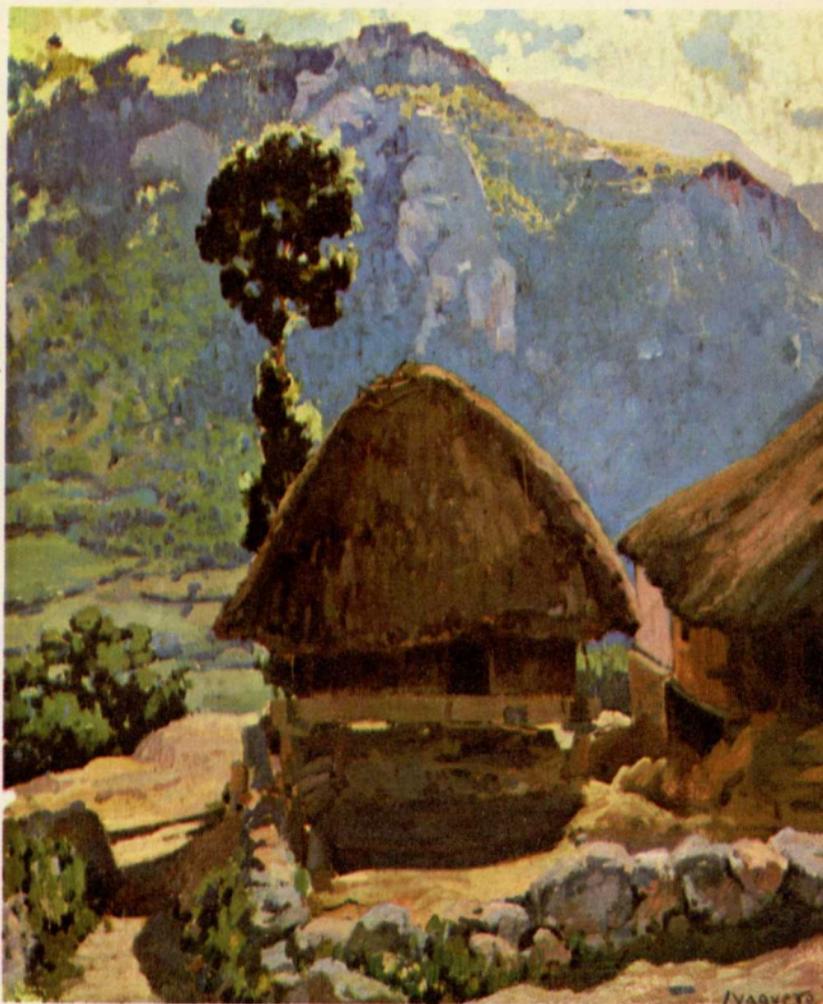
La primera etapa del pintor comienza en edad juvenil. Sería difícil ponerle límites en su comienzo porque Joaquín Vaquero empieza a pintar desde muy niño. Es la etapa de su formación, de su realización como pintor. «Yo de niño admiraba —nos dice el artista— la pintura impresionista francesa a través de las reproducciones, mejor o peor realizadas, que llegaban a mis manos a través de la pintura española que seguía cauces parecidos, como era la de Regoyos, Beruete, Mir o Sorolla. Más de cerca conocía la pintura de mis paisanos Piñole y Valle y sobre todo la de mis amigos y compañeros Emilio García Martínez y Francisco Casariego con quienes me iba al campo a pintar.»

Joaquín Vaquero parte, pues, de la pintura de su tiempo para buscar su propia personalidad de artista. Pronto ha de encontrar su camino. Desde el primer momento se observa en su obra con una gran vehemencia su amor a la naturaleza, su afición al paisaje. Son los años de la Universidad de Oviedo, los años del preparatorio en Madrid para el ingreso en la Escuela de Arquitectura. Cuanto tiempo tiene libre, Vaquero lo dedica a pintar. El artista aún no se ha independizado del ambiente familiar, aún no

ha dado vía libre a sus inquietudes viajeras. Su paisaje está limitado por sus propios horizontes. Pinta calles y plazas de Madrid, calles desoladas unas veces, inquietantes otras. La ciudad es su paisaje durante los meses en que el estudio le retiene en la capital, pero después llega el verano y Vaquero va en busca de la luz, en busca de las cumbres de su Asturias natal. Por aquellos días su padre dirige la construcción de los Saltos de Somiedo y cuando llega el verano la familia le sigue a la montaña. Aquellos veranos de Somiedo han de darle a Vaquero la oportunidad de encontrarse con el paisaje, de encontrarse con su amada naturaleza en toda su plenitud. «Tan pronto amanecía —nos cuenta— cargaba en un caballo todos mis bártulos, me subía yo en otro, y me iba por la sierra a buscar el paisaje. No regresaba hasta la noche, y a veces me traía doce cartones terminados.» A Joaquín Vaquero sólo le interesa entonces captar el color, recoger fugazmente las impresiones cromáticas de los campos soleados de esta Asturias, que es ya casi leonesa. La luz, en toda la diversidad cambiante del largo día de verano va siendo captada, vibrante y cegadora en aquellos cartones. El paisaje es sólo un complemento. Aquellas tierras rojas de arcilla manchada por el óxido de hierro, aquellas casas pobres de la montaña, los lagos azules y las laderas leonesas o los montes escarpados y la abrupta ladera asturiana, son casi un pretexto para dar fe de la luz, para estudiar los colores en toda la gama de intensidad, para arrancarle al paisaje los más íntimos secretos de su belleza. Vaquero por aquellos días pinta mucho. Sus cuadros se engendran y se realizan como fogonazos de su inspiración. Es necesario captar casi con repentización de cámara fotográfica el instante preciso de la luz y del color. A veces no se conforma el pintor con el formato pequeño y llega a realizar grandes formatos. Al terminar

cada verano, Vaquero ha realizado más de un centenar de cartones, pero sobre todo, por encima de todo, ha experimentado, ha aprendido a dominar el color, le ha arrancado una vez tras otra a la naturaleza el secreto de su multiplicidad cromática. Quizá lo más importante en esta etapa, que el pintor llama la época de Somiedo, es este aprendizaje que pronto se convierte en maestría. Más tarde Vaquero, precisamente por haberse cegado una y otra vez con la luz de paisaje de altitud, precisamente por haber matizado las luces a lo largo de una jornada desde la amanecida a la puesta del sol, sabrá prescindir de la hora solar y en sus cuadros actuales podrá lograr el paisaje intemporal, el paisaje puro, en el que la luz ha quedado estática, imprecisa y múltiple al mismo tiempo, como si se hubiesen parado todos los relojes del mundo.

Cuando aquellos cuadros de Somiedo se exponen por primera vez en Oviedo, sus paisanos se quedan perplejos. Vaquero significa una renovación en la interpretación de Asturias. Hasta ahora el paisaje asturiano estaba velado por la lluvia; o al menos por la dulce y melancólica bruma. Joaquín Vaquero se había enfrentado con el paisaje de altitud y en sus cuadros se armonizaban los tonos más calientes de la paleta con los verdes más deslumbrantes, con los azules más intensos. La crítica recibe con elogios la pintura de Joaquín Vaquero pero no faltan los destructores. Antonio de Onieva dirá en 1924: «Para mí es uno de los paisajistas con quien habrá que contar en lo sucesivo. Trabaja todavía con alguna impetuosidad y propende a la decoración más que a la interpretación. Esto último no es un defecto, sino una manera de ver.» Antonio de Onieva acertaba con visión profética el largo camino de éxito que aguardaba al pintor ovetense. Se le discute precisamente porque vale, porque su pintura trae un mensaje nuevo



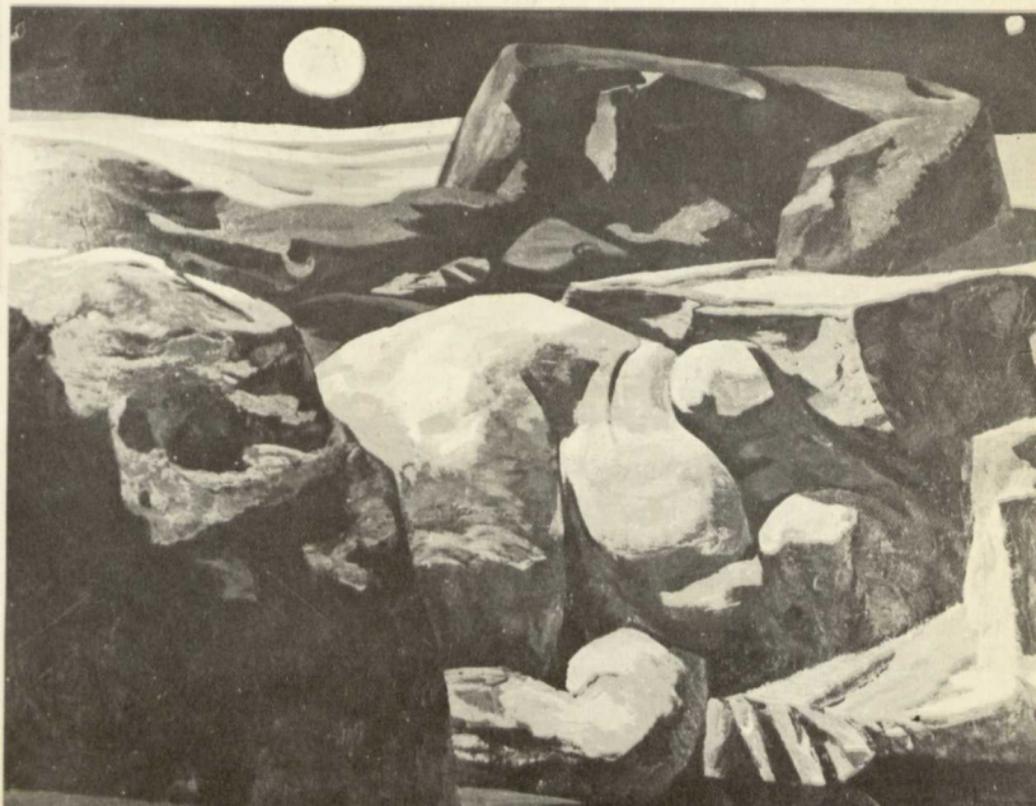
«Techo de Escoba»
1921

«Después de un
chubasco». 1925



«El cráneo»
1956

«La noche»
1956





•Farallones•
1956

•Mediterráneo II•
1956





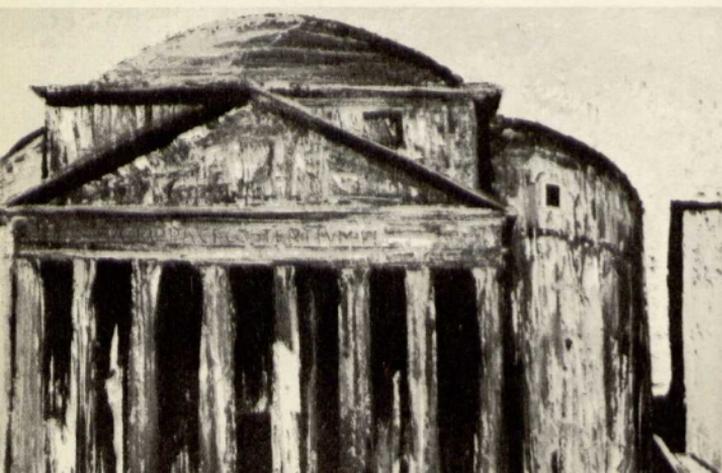
«Paisaje
volcánico». 1956

• Deshielo •
1956

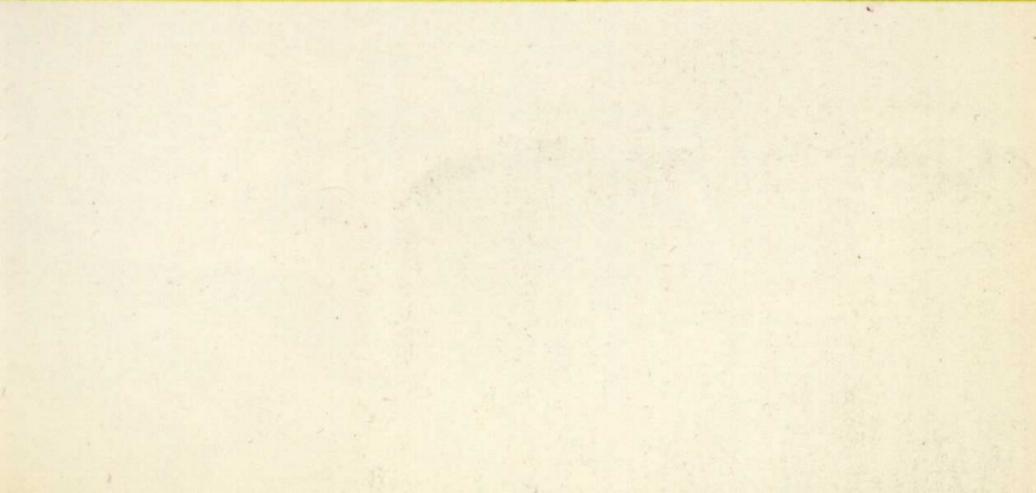
• Poblado en el
valle de los reyes • 1959

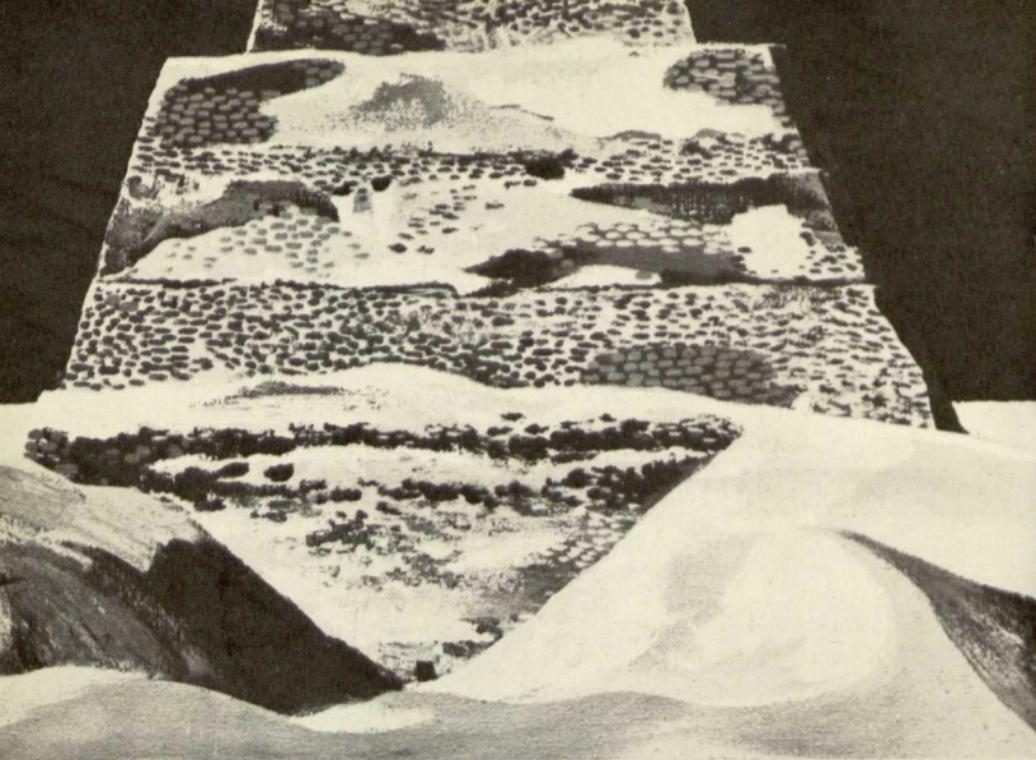


«Paisaje
amarillo». 1970



«El Pantheon»
1959



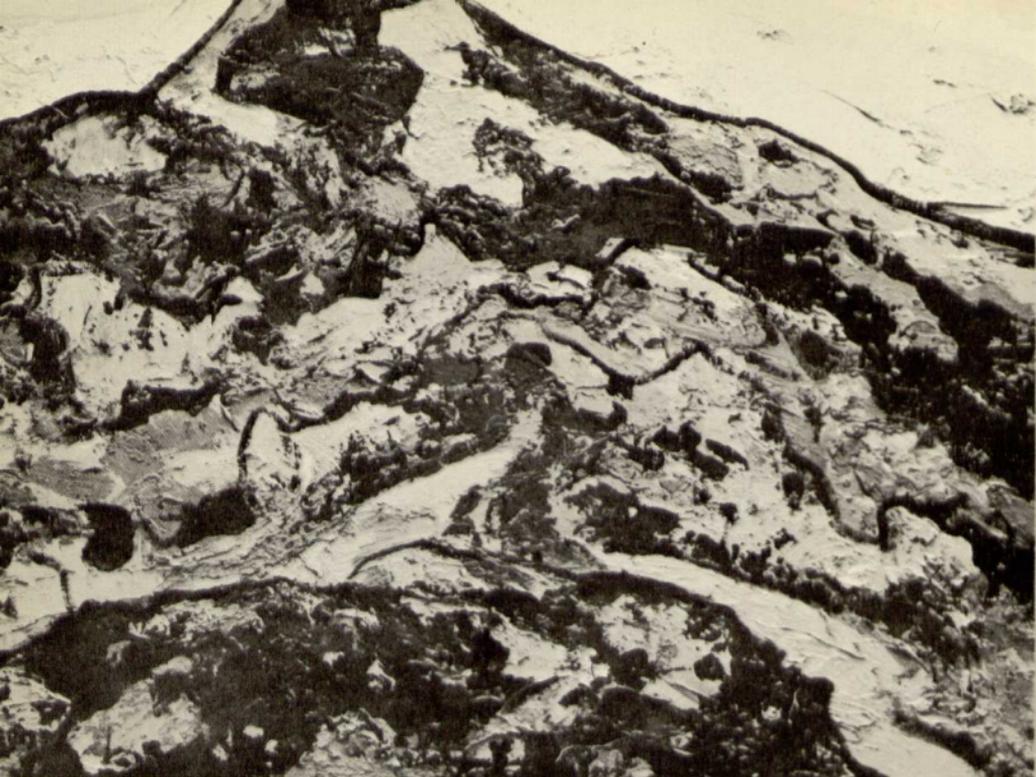


•Pirámide de
Meidum•. 1960



-Nubes sobre
Castilla-, 1960





-Volcan apagado-
1961

«Pueblo en la Tierra
de Campos». 1971





•Rastrojo quemado. 1971

«El pastor»
1971



«El chubasco»
1971



•Rastrojo quemado•
1971

y también porque su pintura supera desde el primer momento la órbita de lo regional. Cuando Vaquero llega a Madrid y expone en el Museo de Arte Moderno, sus cuadros son recibidos con un vivo interés por la crítica. El joven estudiante de arquitectura no se conforma con el éxito de Madrid y hace su exposición de París, luego va a Nueva York... El pintor está ya maduro, ha encontrado el secreto de su propia pintura y con este hallazgo se ha despertado en él un vehemente deseo de dominar el paisaje en toda su amplitud. Su manera de ver la naturaleza en los montes de Somiedo permanece, lo que cambia constantemente es la visión que se tiende ante él. La luz y el color tomado directamente en los campos es la razón obsesiva de su personalidad. Le da lo mismo captarlos en los montes de Asturias que ante los fulgurantes mediodías embriagadores y deslumbrantes del trópico. El pintor ha encontrado su camino, se siente seguro de su arte, sabe que ha llegado a dominar el color, que ha vencido toda clase de dificultades en esta técnica pictórica y esto llega a sumirle en una nueva inquietud. Un temperamento desasosegado y renovador como el de Vaquero no puede quedarse en una vía muerta, no puede quedarse pintando como un autómatas cuando ya su propia manera de hacer ha dejado de apasionarle. La pintura no puede ser un ejercicio monótono y cotidiano. Vaquero ha aprendido que la naturaleza es variada y múltiple y busca en ella su nuevo camino. El paisaje, la megalópolis de Nueva York, el paisaje urbano de París le hacen olvidar de momento las luces y colores de los campos y las selvas para encauzarle por un nuevo camino el de las sombras y las penumbras, el de la parquedad en el color. Hay una belleza inquietante en aquellas piedras oscuras de París, en aquellas nieblas neoyorkinas, pero sobre todo hay un deseo de evolución con el pintor que está ya de vuelta de su

anterior interpretación de la naturaleza. Es el año 1930. El pintor ha cumplido treinta años, ha viajado, ha confrontado su pintura en las más famosas salas de exposiciones. No se conforma con lo logrado y quiere rejuvenecer su pintura, romper con su habitual manera de interpretar el mundo que le rodea. De la luz pasa a la sombra con la misma naturalidad con que atardece en un paisaje real. El pintor llama a esta etapa de su pintura, que va de 1930 a 1940, lo época negra. De nuevo está presente Asturias en la obra del pintor.

Cuando regresa a Oviedo, ya con una nueva visión de las cosas, descubre la Asturias que antes se le escapó de su retina de artista, descubre nuevas facetas de su mundo asturiano de nieblas y veladuras, descubre la Asturias del carbón, de las minas, y comienza a pintar el paisaje de la cuenca minera, los temas dramáticos, los hombres del carbón y de la mina, los temas marineros. Vaquero va profundizando en el dramatismo de la vida de los hombres, va buscando un cauce más hondo para su problemática artística. ¿Ha influido en este cambio de técnicas y de temática el medio ambiente de una patria entristecida y arruinada por alteraciones sociales primero y, luego, por la guerra? Sin duda alguna, aunque el pintor no se planteara propósito alguno en su manera de hacer. El artista verdadero, y Vaquero lo es, está siempre tenso ante la realidad que le rodea. Su sensibilidad acusa siempre la tensión del mundo que le circunda. Vaquero pinta por pura satisfacción plástica, no entró nunca en su propósito darle a la pintura un contenido ideológico. No cree en el mensaje, sin embargo es tal su entrega, su entusiasmo, que de manera imperceptible, insospechada, su pensamiento, sus más íntimos sentimientos, quedan plasmados en su obra sin que él mismo se dé cuenta. Por eso, y sólo por eso, la obra de Joaquín Vaquero

tiene un profundo mensaje de humanidad, de armonía y también de amor a la naturaleza y a los hombres.

De esta época es su conocido «Mural del carbón y de la pesca», del Instituto Nacional de Previsión de Oviedo, sus marinas dramáticas, sus paisajes desolados. Es una etapa corta, si hemos de compararla con otras etapas pictóricas del artista, pero intensa, profunda, de honda huella en su personalidad evolucionante. En sus viajes a América mantiene durante esta década esta manera de hacer y se enfrenta con el paisaje tropical, con las selvas, con el mundo multicolor de su entrañable Centroamérica con la misma austeridad de color, con la misma preocupación íntima. Son cuadros austeros, paisajes sin arbolado o de árboles secos, cráteres volcánicos, trágicos atardeceres.

Cuando estalla la guerra civil Vaquero está en Oviedo. Tiene colgada una exposición, la última que hizo dentro de esta etapa de austeridad y de tinieblas entrañables. La guerra termina. Vaquero está ansioso de viajar, de volver a América, está ansioso de depurar su arte después de aquellos tres años de guerra civil. Va y viene; vuelve de nuevo a encontrar el sol, la luz. Año 1949. Vaquero descubre pictóricamente Castilla, la vieja Castilla de su padre, de sus antepasados paternos. El pintor ha depurado su arte en la luz y en la sombra; sólo así puede pintarse Castilla que es la meta, la depuración para un paisajista nato, para un fiel y enamorado intérprete de la naturaleza. La luz del paisaje castellano no es la luz de Somiedo ni tampoco la del paisaje tropical. Es una luz clara, plana, de cielos uniformes. Vaquero ha llegado a la llanura, a las tierras llanas de la meseta. Su paleta se ha llenado de amarillos, de pardos terrestres... Segovia se ha quedado clavada para siempre en su sensibilidad. Vuelve a América y el sol inunda

de nuevo sus paisajes, la jungla, el trópico en todo el esplendor de luz y de follaje... Pero en 1950, como si las décadas del almanaque, que coinciden con las décadas de su edad, influyeran de una manera decisiva en su carácter y en su vida, cambia radicalmente de camino. Extraña magia de los hechos y las decisiones. Como si el pintor, que nació en un año múltiplo de diez estuviese movido por el imperativo de la cifra, o más bien, y esto es lo más probable sin duda, porque todo hombre no puede menos de hacer examen de conciencia al cumplir los cincuenta años, Joaquín Vaquero toma la decisión de romper definitivamente sus últimos vínculos con su carrera de arquitecto y de irse a Roma a vivir. La decisión es tan importante, y tiene tanto de liberación, de amarras rotas que no puede menos de significar un cambio radical en el arte de Vaquero. Roma es, siempre mudable y siempre eterna, un feliz hallazgo para un pintor, para un artista; es siempre un redescubrimiento de la historia, del pasado, un reencuentro con las raíces mismas de nuestra cultura. Joaquín Vaquero llega a Roma ansioso de estudiar, ansioso de renovación, dispuesto a depurar una vez más su estilo con nuevas impresiones.

La arqueología le ha impresionado siempre de manera muy profunda, ahora en Roma su vocación de arquitecto que ha abandonado la arquitectura, su vocación de pintor en ejercicio constante, le da aptitudes poco frecuentes para estudiar las ruinas de Roma, para alcanzar una plenitud artística. El cielo de Roma, la precisión de las formas, de los volúmenes, los viejos palacios, las ruinas, la escultura, toda la plástica y depurada arquitectura ciudadana de la primera urbe del mundo influye en él de manera decisiva. Quizá porque ha abandonado su profesión de arquitecto y se ha liberado de un mundo de compromisos materiales, ama aún más, con añoranza, la ar-

quitectura y los volúmenes. No, Vaquero no puede liberarse de algo en él entrañable que es la arquitectura. En todo momento su pintura estuvo equilibrada por sus experiencias arquitectónicas. Era una pintura con hueso, con estructura. En todo momento supo ponerle cimientos a sus obras, supo construir sus cuadros en el armazón de un andamiaje. Sus paisajes pesan, son sólidos y tienen una clara y contundente realidad arquitectónica. Ahora, en Roma, la arquitectura es una añoranza en un mundo afín y lleno de sugerencias. Vaquero se preocupa fundamentalmente en buscar para su pintura el dominio de las formas. Se da por entero a pintar masas marmóreas, masas de lava, trozos de la naturaleza que emitan la forma humana. Busca los temas arquitectónicos por sí mismos; las ruinas, las masas rocosas... pinta estatuas. Es la etapa que él denominará época romana: en la que alterna los paisajes antropomórficos con las tierras desoladas, doloridas. Su imaginación vuela hacia los paisajes volcánicos de Italia, hacia los montes pétreos. Su fuerza de asimilación es tan grande, tan fuerte su personalidad, que en el mundo artístico italiano se destaca pronto como uno de los pintores que mejor ha interpretado la realidad romana. En el año 1956 expone treinta cuadros en dos salas de la Bienal de Venecia. El éxito es grande, tanto que es elegido académico de la de San Luca de Roma. Es el primer español contemporáneo que ingresa en esta academia. Habrán de seguirle después en la elección Picasso, Miró y Dalí, los tres grandes pintores internacionales de la pintura española del momento. Aquel mismo año expone en Palermo con igual éxito. En esta ocasión ha de inaugurar con su muestra un ciclo de pintura mediterránea que organiza el Centro de Cooperazione Mediterránea. El triunfo de Vaquero ha sido tan grande que en Italia se le considera como cosa propia, su nombre está

en la mente de todos como uno de los pintores más importantes de aquel país. Mientras tanto Vaquero viaja. En su propósito de apurar al máximo sus conocimientos de arqueología, de pintar el paisaje de las viejas culturas, recorre Grecia y Egipto. Su retina se impresiona ante el armonioso paisaje sereno y melancólico de la Atica y los desiertos de las laderas del Nilo. También viaja a América y busca en sus tierras un vínculo de unión con su nueva concepción de la pintura. En 1960, sin levantar su estudio de Roma, se marcha a América. Expone en Buenos Aires, en Venezuela, en El Salvador. Estando en la para él entrañable ciudad de San Salvador pasando una larga temporada recibe la invitación del Instituto Nacional de Bellas Artes de Méjico para exponer en sus salas. Le acompaña de nuevo el éxito y tanto en Méjico, D. F., como en Monterrey obtiene un rotundo triunfo. La familia Vaquero se queda varios meses en tierras mejicanas. Luego partirán para Nueva Orleans donde ha sido invitado por el Louisiana State Museum para exponer en las salas del viejo cabildo español y lograr un nuevo éxito, con su pintura antropomórfica. De allí parte para inaugurar una sala en Nueva York, la «Gallery 63», que estaba destinada a la pintura italiana. Es muy significativo el hecho de que para inaugurar un largo ciclo de pintura italiana se eligiera a Joaquín Vaquero como el más representativo de lo que se venía haciendo en aquellos días entre los pintores de aquel país. Clara y contundente muestra de la universalidad del artista.

Con su regreso a España habrá de terminarse la etapa romana de Joaquín Vaquero. De nuevo Castilla. Ahora el paisaje se ha depurado aún más para él. Segovia es un descanso para su inquieta sensibilidad de artista, un descanso y un estímulo creador. Castilla con sus llanuras, con sus sobrios horizontes, no es ya una evocación o una añoranza, es una realidad

tentadora que se enmarca en los ventanales, en la terraza de su estudio. Pero Joaquín Vaquero es un hombre con visión ecumérica de la naturaleza y nunca podrá limitar la temática de su pintura. Aquellos campos de Castilla son, además de un reposo para su retina, un acicate para sus ensoñaciones y el pintor evoca en el recuerdo, escarba en sus añoranzas y crea, crea de una manera entrañable, apasionada. Es curioso que uno de sus primeros críticos al enjuiciar la pintura juvenil de este gran artista sólo le señaló el defecto de su apasionamiento pictórico, de su temperamento excesivo. Curioso también que en el transcurso de los años, al compás de una depuración del artista, lo que nunca fuese un defecto, sino una manera de ver el paisaje, ha llegado a ser la principal cualidad humana y artística de Vaquero. Este enfrentamiento sin concesiones con la naturaleza, buscando la esencia del paisaje, sus líneas fundamentales, recreando la realidad; y aquí la palabra recrear tiene toda la trascendencia de una creación.

Joaquín Vaquero expone en Madrid en 1966, en el Museo de Arte Moderno; en 1968, en la Sala Kreisler. Regresa de nuevo a Nueva York y expone sus obras. En 1971 expone en Gijón. Su pintura tiene la depuración de muchos años de exigirse a sí mismo y sin embargo tiene la inquietud y la pasión de un pintor que comienza, de un joven renovador.

En esta última exposición antológica la obra del pintor aparece en toda su diversidad y en toda su grandeza apasionada. Las cuatro etapas de su pintura se mezclan con esta quinta que forman sus obras actuales. Ocasión que ni pintiparada para analizar y estudiar las evoluciones lógicas que imponen al artista una larga ejecutoria de búsqueda y de inquietud artística, una evolución auténtica, ocasionada por el mismo evolucionar de la sociedad, de la vida y el pensamiento de un hombre sincero y leal consigo

mismo que se enfrenta todos los días con su conciencia. ¿Cómo se va a pintar igual en 1924 que en 1972? ¿Cómo puede enfrentarse lo mismo un artista con el paisaje del trópico que cuando arranca el secreto a las arenas ocre de un desierto? Y sobre todo, ¿cómo ha de ser análoga la inquietud de un artista ante las cosas en un mundo mudable, múltiple, inquietante, cuando su vocación pictórica arranca, precisamente, de su curiosidad ante la naturaleza, de sus ansias de verlo y conocerlo todo? Sin embargo, lo más curioso en esta panorámica de su pintura, en esta muestra del proceso pictórico de Joaquín Vaquero está en las constantes de su obra, en su fuerte personalidad que sella todos sus cuadros. No, no son cantidades heterogéneas aun dentro de su multiplicidad las que se nos ofrecen en esta antológica. Cabe siempre, dentro de la diversidad, sacar el factor común de unos valores constantes, decisivos, que han formado, a través de los años, la fuerte personalidad de Joaquín Vaquero. Con toda seguridad la más importante de todas ellas sea la firme seguridad del pintor en construir su obra sobre una estructura, sobre un andamiaje arquitectónico. ¿Consecuencia de su formación profesional? ¿Por qué no? Precisamente el hecho de que Vaquero orientara a su propio hijo cuando éste decidió ser pintor hacia la escuela de Arquitectura en lugar de dirigirlo hacia la academia de Bellas Artes, no es sino la íntima satisfacción de sentirse seguro de su aprendizaje. Por otra parte, ¿no es muy posible que su vocación profesional surgiera de ese mismo sentido de armonía y de estructuración mental que definía desde muy joven su personalidad? Lo cierto es que toda la obra de este extraordinario pintor está sólidamente definida por un claro sentido de los volúmenes, de las proporciones y de las perspectivas. Sólo por ese camino logra Vaquero una composición pictórica absolutamente personal, sólo

por ese camino sus paisajes alcanzan la grandeza espacial y la esquematización que caracteriza su última etapa paisajística.

Porque el paisaje de Vaquero, en el que ha eliminado lo efímero y lo fugaz dejando sólo lo estático y lo permanente, tiene siempre la fuerza del paisaje recién creado, como si el pintor se sintiera testigo del primer día de la creación. Sus volcanes atormentados, aquellas playas solitarias o esas cordilleras vírgenes de la pisada del hombre; los desiertos en el dramatismo de la soledad o las selvas densas inaccesibles y tentadoras, forman un conjunto temático que nos pone al descubierto la sensibilidad íntima de un hombre que busca la esencialidad del paisaje, de un hombre ansioso por llegar a la raíz misma de la naturaleza, para descubrir el principio de las cosas. Yo diría que Vaquero ha perseguido siempre, a través de la elementalidad del paisaje, la búsqueda de la naturaleza ausente de todo cuanto pueda confundirla o adulterarla, como si quisiera detectar el paisaje puro y grandioso del que gozaron los primeros hombres, como si deseara alcanzar el mismo momento supremo de la propia creación. En definitiva yo diría que Vaquero ha encontrado un camino suyo, personal, en esa búsqueda ciega de los hombres por la verdad suprema de las cosas, en la búsqueda del Creador. ¿Qué otra cosa sino puede justificar su apasionamiento artístico, su inquebrantable ansia de depuración, su ascetismo pictórico y ese constante enfrentarse con los horizontes lejanos, con las llanuras interminables, con las misteriosas rocas antropomórficas, con el dramatismo de una naturaleza solitaria de desiertos o de abruptas cordilleras?

Camón Aznar ha hecho notar cómo uno de los rasgos esenciales de los paisajes de Joaquín Vaquero, el vasto silencio que emana de sus cuadros: «Un silencio casi planetario, un silencio no hecho de muer-

te, sino de espacios grandes, de magnitudes que la mirada... no puede encerrar» ¿Y qué es ese silencio de soledades en las llanuras estériles o en la retorcida orografía sino una expresión clara de la inquietud del artista en la búsqueda del más allá. En busca, a través del paisaje puro, recién nacido, tibio aún de la mano del Creador de la suprema verdad de las cosas?

José María Valverde, con su intuición de poeta, cala hondo cuando afirma que Joaquín Vaquero «pinta el andamiaje de la tierra», o cuando afirma que el artista vuelve de su paseo «por las afueras del tiempo». Y Luis Felipe Vivanco, que además de poeta sabe, como arquitecto, de estructuras y de cimentaciones, habla de cómo se agiganta y ahonda la tierra en sus cuadros y de su **pintura plásticamente visionaria**. Una vez más ha de ser el poeta, el artista, el hombre sensible ante las cosas que flotan en el espacio, ante el misterio que nos rodea quien mejor puede entender la obra de otro artista que busca la expresión de su íntima sensibilidad. Porque la pintura, al igual que la poesía, no es sino un manifestarse de la propia sensibilidad ante las cosas bellas e inquietantes, ante los misterios que nos rodean. Y en esa búsqueda del artista por su propio mundo, por el mundo de sus propios anhelos e inquietudes los paisajes de Joaquín Vaquero abren horizontes nuevos. De aquí que la obra de este gran pintor, que por otra parte es admirada y elogiada por la crítica por cuanto tiene de obra maestra en el conjunto de la pintura española y universal, tenga además un profundo mensaje de desazón y de inquietud poética y espiritual, yo diría que casi teológica, para quienes busquemos en el arte algo más que la obra bien hecha, algo más que la obra plenamente terminada, pensando que el arte ha de transmitir la fuerza creadora del artista. Y Vaquero da rienda suelta en sus cuadros

a una inquietud apasionada, a muchas meditaciones e intuiciones... y uno se siente creador e iluminado paseándose mentalmente por aquellos paisajes de apariencia desolada y dramática bajo un cielo puro, en medio de aquel silencio fecundo, abierto a la llamada de la inspiración, como si se asomara a la ventana del más allá.

EL PINTOR ANTE LA CRITICA

BRADOMIN

«Vaquero está resolviendo problemas de luz más que de línea. Llévale a ese deseo su amor al sol, a la claridad, al momento del ambiente en que no hay contornos, sino difusión; en que no hay siluetas sino titilación de luz en las aristas; en que la luz se funde demasiado con la atmósfera, sustituyendo su transparencia por el vano caliginoso de las tierras calientes.

El empeño es serio. Resolver los problemas de profundidad con ausencia de líneas, entregándose únicamente a las masas de color, a veces sin grandes contrastes en los diferentes términos del paisaje, entraña dificultades extraordinarias que conocen bien los artistas de la paleta.»

(«La Voz de Asturias», 24 septiembre 1949.)

FRANCISCO ALCANTARA

«En cuanto al interés general de nuestra pintura, este caso del paisajista Vaquero demuestra que la luminosidad de nuestra región septentrional, de muy distinta especie que la caste-

llana, andaluza y levantina, es susceptible de gallardísima interpretación, aun por medio de una paleta levantina como la de Sorolla, siempre que sea un cántabro y en la contemplación de su propio país el que la aplique. Se desmoronó, por tanto, completamente aquella preocupación que nos hacía suponer forzosamente adustas y tristes las visiones pictóricas de nuestro Norte.»

(«El Sol», Madrid, 16 de marzo 1926.)

DEOCH FULTON

«Su obra jamás es ecléctica, ni tiene las estridencias de la escuela «moderna», ni la gravedad académica, y, sin embargo, podría figurar en cualquier exposición de cada uno de estos tres grupos. Sus conocimientos de arquitectura han determinado en él una apreciación de forma y estructura influenciando sus paisajes, que están siempre firmemente dibujados.

Sus lienzos están sólidamente contruidos dentro de la más fina estructura, ya se trate de los apoyos de una Catedral, ya de árboles, ya de montones de heno.

En cuanto a técnica y composición los cuadros están ejecutados con una sencillez convincente. Tienen la fina calidad que proviene del deseo evidente de cubrir los lienzos y sugerir la solidez de sus asuntos sin recurrir a falsas habilidades. Y su color es delicioso, de pinceladas asombrosamente amplias. Algunos cuadros son brillantes, llenos de amarillos fuertes, de azules metálicos y de bermellón; otros tienen el suave brillo de los tejidos antiguos; y otros reproducen la luz nebulosa que reflejan las viejas murallas.»

(«The Art New», New York, 31 marzo 1928.)

MARGUERITE PEARSON

«... La labor de este joven artista posee, a la vez, encanto y vigor. En sus obras representa motivos

españoles, paisajes tomados de las provincias del Norte, en los que coexisten la vieja tradición y la nueva sensibilidad que corresponde a las modernas orientaciones de nuestro mundo actual.

Su colorido es perfecto siempre, sin violencias ni extravagancias. En lienzos tan pequeños como el titulado LECHO DE UN GLACIAR, con su cima gris cortada por rojos barrancos, y sus ruinosas casas apoyándose unas en otras al pie de la escarpada pendiente, encontramos algo nuevo, en lo pintoresco de España, que ningún otro pintor nos había mostrado hasta ahora. Tiene además este cuadro un acento de sinceridad, tal vigor de toques, y nos **habla** con tal acento de convicción que nos proporciona la visión de un extraño y áspero país, todavía oculto a las miradas del curioso turista...

Tenemos la seguridad de que este joven pintor, que tiene tanto que expresar y tan notable modo de expresarlo, se dejará ver nuevamente.»

(«Post», New York, 7 abril 1928.)

JULIAN LOPEZ PINEDA

«... este desconcertate pintor ha relizado aquel axioma de los futuristas: «El pintor lleva dentro de sí mismo los paisajes que quiere perpetuar en el lienzo.» De suerte que las cosas no son, para el artista, sino la causa eficiente, el motivo de un despertar de sensaciones preexistentes.»

(San Salvador, 2 julio 1928.)

JESSICA STEPHENS

«Naturaleza, la naturaleza de España, es la base de lo que Joaquín Vaquero pinta. El va derecho a los fundamentos del arte no teniendo tiempo o inclinación por escuela e "ismos"..."»

(«Apollo», Londres, diciembre 1930.)

ALFONSO CAMIN

«Porque Joaquín Vaquero es el gran pintor que va en busca de luces recónditas de la Asturias misteriosa de que habló, Rosa de Luna: que caza los restos de la noche que se arrastran como sombras de lobos, por aquellos breñales; que hace capas de torero para ceñir gallardo su paleta con las nieblas astures, como si la paleta fuera una moza con talle de xana, y que prende la emoción de los rincones vírgenes de Asturias en sus magníficos lienzos, todos amplitud y modestia y optimismo.»

(«Norte», México D. F., abril 1932.)

ALICE LAWTON

«Brillante, centelleante color caracteriza los cuadros de Vaquero: No obstante a veces se vuelve oscura su paleta. Su colorido es rico y caliente, sus composiciones, vivientes y llenas de interés...»

(«Boston Sunday Post», 2 diciembre 1934.)

MANUEL ABRIL

«Vaquero, aunque su materia es reciamente plástica —pinta— sobre todo en estos tiempos últimos y hallando grandes aciertos —sobre una clave cromática, como el músico. Eso que supone un principio estético de muy firme cimiento sobre todo para las pinturas murales— indica que Vaquero además de buen pintor es artista de «principios», es decir, artista completo...»

(«Santo y Seña», Madrid, 5 noviembre 1941.)

JOSE M. MARAÑÓN

«Magnífica pintura de personal estilo, y sobre esto algo superior aún: espíritu...»

(«Destino», Barcelona, 1942.)

BENITO RODRIGUEZ FILLOY

«La sólida pintura de Joaquín Vaquero ha pasado en los últimos años del esquematismo de los grandes planos y la concisión expresiva —cada obra define un aspecto de su plástica— a la complejidad pictórica, orientada la sensibilidad en la contemplación más honda y realista de las cosas.»

(«Arriba», Madrid, 1942.)

FERNANDO JIMENEZ-PLACER

«Nos interesa mucho subrayar —en encomio de la alta calidad estética de la obra del pintor asturiano— que Vaquero aborda con ejemplar decisión la ingrata temática descarnada de epidérmica belleza, a que su inspiración le conduce. La virtualidad del arte pictórico recae, en estos lienzos admirables, sobre la arquitectónica simplicidad y solidez de las estructuras, sobre la exacta vibración de la luz, sobre las tenues armonías del colorido. La correlación impoderable entre tema y arte, entre inspiración y procedimiento, fundamentalmente explica el vigor representativo, el fuerte acento espiritual del arte de Vaquero. No podemos imaginar una más convincente y emotiva versión artística de la Asturias brava y sombría que la que nos ofrecen sus lienzos; luz, paisaje, ambiente climático, el contorno preciso y sugeridor de la vida dura, ciclópea, del cotidiano luchar en la entraña del suelo, bajo el torvo pabellón de la chimenea, en vigilancia perpetua del inexorable y amenazador palpitar de la máquina.»

(«Ya», Madrid, 29 abril 1942.)

MARIANO RODRIGUEZ DE RIVAS

«El pintor Joaquín Vaquero ha dado con el difícil hallazgo de una nota cromática. Sus cuadros comul-

gan en ese difícil y amplio matiz, ajustándose admirablemente a los temas. Todo se le viene encima al pintor para que pueda comprenderlo con ese colorido anticipado; su arte indudable consiste en imponerse y lograr en cada obra una vibración singular, determinada al paisaje y al asunto.»

(«Misión», 2 mayo 1942.)

TRISTAN DE LA ROSA

«Ortega y Gasset hablaba de los hombres cuyas vidas están puestas al servicio de las cosas; al culto de su ser. A este culto cruento —«como lo fueron todos los fuertes cultos»— que deshace las cosas y las desmenuza para luego rehacerlas en un supremo esplendor. Pues bien: esto es justamente lo que con el Mundo realiza el pintor Joaquín Vaquero. Después de haber penetrado en lo abismal de su significado, el artista va creando las cosas, en cuyo fondo, invariablemente, percibe un dramático sonar, o resonar acaso, probable eco de sí mismo.

Sabemos que las palabras sólo expresan aproximadamente lo que pretendamos decir. Sin embargo, si por un momento intentásemos adentrarnos en esta cosa que es la pintura de Vaquero, nos alumbraríamos a la incierta luz del verbal simbolismo representado en palabras, como concisa, profunda, sobria, recia, constructiva y, sobre todo dramática.»

(«La Vanguardia Española», Barcelona, 21 febrero 1943.)

JOSE FRANCES

«El arte noble, sensible y sereno, de fortaleza íntima, de Joaquín Vaquero, tiene, en su conjunto de obras plenas de madurez, el sentido exacto de una consagración irrefragable. Consagración cabal, auténtica del gran pintor que fue siempre este artista, lanzado sin prisa ni titubeos a definirse cada día en me-

jora de expresión, en profundidad de concepto, en elocuencias sería de su temperamento.»

(Conferencia dada en la Universidad de Oviedo, sep. 1943.)

FRANCISCO DE COSSIO

«Pero dejando a un lado la tesis propiamente social, atendamos no más que a la pintura, para decir que Joaquín Vaquero no se limita a producir un efecto decorativo, en el que la paleta se reduce a simples contrastes, sino que considera que cuando se trata de pintar, la pintura es lo primero. El convencionalismo de la composición no elude en ningún caso el esfuerzo pictórico, el de producir contrastes de color con una paleta rica de matices. El caballo blanco que se curva en la parte central del lienzo, la mujer triste con el pan y el agua, la niña detrás del tronco seco, con una ramita en flor, en la mano... todo está sentido con una ambición pictórica, y, a tal punto, que, en una contemplación dilatada, llegamos a perder el tono de elocuencia, lo que el lienzo tiene de alusión humana y social, para penetrar en el secreto de esta técnica de pintor fuerte, amplia, generosa...

He aquí un cuadro de origen arquitectónico, en el que se nos ofrecen unas alusiones decorativas esquemáticamente, pero en el que, al fin, se impone la potencia pictórica. Podríamos recortar de él la pequeña cazuelita del almuerzo, envuelta en un servilleta, para tener una magnífica naturaleza muerta, y, quizá, esa leve alusión, en un extremo del cuadro, en el lugar de la firma, sea la que encierra el simbolismo de estos hombres serios, hieráticos, ennegrecidos de humo y carbón, que, a la hora del descanso, se reúnen con esta mujer de expresión religiosa, y con esta niña con una ramita de manzano, que mira a todas partes queriendo buscar la alegría.»

(«A B C», Madrid, 16 mayo 1944.)

EDUARDO AVILES RAMIREZ

«Porque Vaquero no es ni desmedido, ni está ausente nunca; tampoco es abundoso ni carente. Vaquero es la vitalidad sin apoplejía el equilibrio, la lógica, la medida exacta, la armonía y la perfección... En sustancia, Vaquero es lo que podríamos llamar "el pintor de valores permanentes."...»

(«Diario de La Marina», La Habana, 14 septiembre 1944.)

EUGENIO D'ORS

«Por otras vías, el cuadro de Joaquín Vaquero vuelve a conducirnos a la misma emoción. Aquí tampoco la luz tiene importancia alguna. Lo fuerte son las gracias del contorno, que la delicada composición de «El Baño» permitía, gracias al feliz hallazgo de que las bañistas fueran negras y una de ellas, la más hermosa se colocase a contraluz. Esta pura silueta repite la ácida sensualidad intelectual de la visión de un vaso antiguo, con las figuras umbrías sobre el flanco rojo. La tentación nos vendría, acaso, de hablar de estampa japonesa, a propósito de tan fina abstracción. Pero lo decorativo nipón tiende a lo expresivo siempre de tal manera, que no puede procurarnos un reposo contemplando como el logrado con esta deliciosa obrilla... Muchas veces he hablado, como ponderación de oscuridad de la famosa "batalla de negros en un túnel".

Pues bien, de hoy en adelante, para encomio supremo de claridad, podría hablarse, según la versión de Vaquero, de un baño de negras en el trópico.»

(«Arriba», 3 febrero 1946.)

SANCHEZ CAMARGO

«La categoría que el artista presta a las cosas tiene en Vaquero al hombre que ante ella las mira y re-

mira para dejarnos a nosotros en excelente síntesis colorista todo el panorama que él quiso captar. Asentada en un buen dibujo su pintura, no se detiene en minucioso halago a las formas, recoge de éstas lo esencial y con la mínima expresión cromática nos da fecundos resultados. La compenetración con el paisaje es tan honda que se trasluce en empeños tan distintos como luces de Castilla, campos sudamericanos, cifras urbanas del Norte o escenas que son ventanas ilimitadas. En cada uno de ellos el gran artista sabe recoger ese difícil acento que define los aires y los ambientes con una precisión que sólo puede prestarle la personalidad del pintor que sabe ver y tiene buen conocimiento del medio para expresarlo.

La excelente colección expuesta es un resumen de una labor tenaz y entusiasta —de continua sorpresa—, que son dos cualidades que debe poseer quien como Vaquero pretenda con fundamento que su pintura de hoy sea también de mañana.»

(«El Alcázar», Madrid, 19 febrero 1946.)

SILVIO LAGO

«Aquí, en esta Exposición cada cuadro tiene su acento, su lenguaje cromático peculiar e inconfundible. Nada escapa ni se desvirtúa a la mirada y el sentimiento de este narrador de celajes, tierras y lugares diversos. Porque Joaquín Vaquero es algo más que un copista de la realidad: es el recreador de esta realidad, a la que infunde una sugestión propia singularísima. Nos «cuenta» lo que ha visto con un dominio intelectual de gran poeta o de gran novelista. Cada cuadro de Vaquero —aun la nota más parca de asunto, el apunte más ligero de trazo y colorido— contiene enorme valor para la emoción íntima y el visual deleite...»

(«Domingo», Madrid, 1 diciembre 1946.)

RAMON FARALDO

«Es una poderosa mano de artesano pintor que parece servirse de gredas y morteros, más de acuerdo con su energía que los industriales «colores para artistas».

Hay algo hercúleo en sus telas: no sé qué vigor mineral, qué grandioso deseo.

En ocasiones, éste es tan vehemente, que el cuadro parece disminuido por su servidumbre a un marco.

La sensación que se desprende de esta férrea pintura es la de que su artista trabaja coartado por la conciencia del «fragmento». de la «menudencia», de lo que es demasiado pequeño para su energía.»

(Del suplemento «Ya», Madrid, 24 febrero 1952.)

JOSE MARIA VALVERDE

«Joaquín Vaquero, pinta el andamiaje de la tierra, la roca viva de siempre, que va a hacernos falta ahora, que queremos plantar el pie que no resbale, en lo mineral y en lo festivo, en el amor y en el barro, entre los huesos; pinta el borde del mundo, el fulgor de una edad deshabitada, da de comer a la esperanza.»

(«Salmodia al pintor Joaquín Vaquero» en «versos del domingo», Ed. Barna, Barcelona, 1954.)

FORTUNATO MISURI

«Vaquero es un pintor fuerte que a través de las entonaciones oscuras, conservando un tono poético, alcanza con su lenguaje, no exento de dramatismo, una potencia sugestiva.»

(«Narcone», Florencia, 29 julio 1954.)

MARCO TAGLIONI

«Entre los autores citamos solamente al que más nos ha llamado la atención, porque para nuestro espa-

cio sería demasiado larga una visión de conjunto. Se trata del español Joaquín Vaquero, de Oviedo. No es sin duda, un recién llegado; ha expuesto y ha sido premiado en todas partes del mundo y está en la vanguardia de los pintores ibéricos.

Nos ha llamado la atención sus obras por la potencia de la composición y la fortísima técnica que ha sostenido siempre la mano del artista. Los tonos oscuros y, sin embargo, luminosos del «Pantheon», con negros, azules y grises apagados del foro romano nos parecen obras para recordar, quizás las más notables de la exposición.»

(«Il Tirreno», Livorno, 29 julio 1954.)

DORA PUELMA

«Paisaje austero, animado de una inquieta solemnidad de expresión, captado entre los límites de un momento excepcional. Al observar otros, quedo anadada ante la fuerza tremenda de sus creaciones. Sí, de sus creaciones; porque si, en realidad, el pintor desea expresar una región o un rincón de España, ése es un pretexto para componer y desarrollar, con pincel convertido a veces en martillo, esos cuadros potentes, viriles y devastadores, cargados de ocre de oro y rojos de Venecia. Pintura hecha de hombría musculosa y patética sensibilidad, que da a sus versiones un sabor amargo de desolación.»

(«El Diario Ilustrado», Santiago de Chile, 26 febrero 1956.)

UBALDO MIRABELLI

«Vaquero dilata las formas, exaspera el color en una tensión que antes de traducirse en signo y forma se nutre de la vida de un alma lanzada a captar el ímpetu de la naturaleza en su creación, haciéndose paisaje ruina, sol fulgurante o cielo azul.

Esta vehemencia tan pasional del signo que se

extiende hacia formas expresionistas declaradamente agresivas por su violencia inmediata, puede relacionarse a una pasionalidad que podríamos definir, en sus raíces, como ibérica y en su resultado mediterráneo.»

(«Collaborazione mediterránea», 15 diciembre 1956.)

M. GARCIA-VIÑO

«Es posible que en cuanto estos paisajes pueden ser productos del sueño, de la imaginación, de la realidad no vivida, aunque sí revivida, como apuntábamos antes, el contacto de los sentimientos y pensamientos con las cosas inanimadas y todas las evocaciones y sugerencias de las que éstas están empapadas; es posible, decíamos, que esto justifique la catalogación surrealista del pintor. Para nosotros, lo cierto es que, en todo caso, se trata de un surrealista original. En los cuadros de Vaquero no hay nada que recuerde la técnica acaramelada, de hule, que caracteriza a los surrealistas militantes. Su pincelada es fresca, jugosa, decidida, directa. Y esto, indudablemente, se lo agradecen las sensibilidades actuales.»

(«La Estafeta Literaria», Madrid, 1958.)

CIRILO POPOVICI

«Vaquero parece mojar su pincel no en la paleta, sino en las mismas rocas volcánicas que suele pintar. De este modo sumerge al espectador en un mundo sublumbar, el mundo del primer día de la creación, donde todavía no había ni aire ni agua por no hablar de alguna punta de inocente hierba.»

(«SP», Madrid, 25 enero 1959.)

JOSE CAMON AZNAR

«No se detiene el espíritu, ni casi los ojos, en estas grandes superficies de los lienzos de Joaquín Vaque-

ro. No, algo está presente a nuestra sensibilidad más allá de las formas y de los colores aquí recogidos. Un vasto silencio que emana de estos cuadros, parece que nos envuelve y suspende toda intención crítica. Un silencio casi planetario, un silencio no hecho de muerte, sino de espacios grandes, de magnitudes que la mirada, por muy aguileña que sea, no puede encerrar. Un silencio de soledades sin fin, de tierras que se derraman más allá de los cultivos y aun de las orografías, de tierra cuya contemplación parece que se hace siempre desde alturas andinas. Nada interrumpe este maravilloso silencio que es casi espíritu. Quizá abajo, en las quebradas y barrancos, se muevan algunas figurillas. Quizá entre los grandes repliegues arcillosos haya alguna mancha de verdor. Quizá alguna nubecilla cruce en el ancho azul. Pero todo ello en nada perturba esta quietud solemne, esta calma que está hecha, precisamente, de unas magnitudes a las que su misma grandeza inmoviliza.»

(«Cuadernos de Arte», Madrid, 1959.)

LUIS FELIPE VIVANCO

«El estremecimiento inmóvil de la pintura no es el estremecimiento de la tierra, también inmóvil, pero mucho más vasta y dispersa. En el estremecimiento del cuadro, la vastedad de la tierra ha quedado reducida a unos límites muy estrechos y por eso puede ser tan pujante... Nos entusiasmos ante su tamaño, pero la tierra no sólo se agranda en los cuadros de Vaquero, sino también se ahonda... Cuando su imaginación de pintor crea paisajes antropomórficos o paisajes del foro romano, paisajes de montaña o de grandes soledades de llanura, siempre está creando lo mismo... Y eso mismo que está creando es un mundo aparte y autónomo de visionario plástico, una en-

juta y poderosa realidad a través de un estremecimiento en su materia de pintor.»

Conferencia «La ruptura de toma en la pintura de Joaquín Vaquero», Madrid, enero 1959.)

OSIRIS CHIERICO

«Sobrecoge la intensidad de esta pintura a veces musical, a veces escultórica, siempre poderosamente expresiva. Extrañamos el muro, desde donde esas piedras, esos fustes, esas montañas podrían haber sacudido aún más de lo que lo hacen. Nos penetra esa tierra, esa soledad, ese silencio, eso que está más allá de todo lo que dice, o más que dice, grita o más que grita, golpea Joaquín Vaquero, en sus cuadros.»

(«Correo de la Tarde», Buenos Aires, 4 septiembre 1960.)

IGNACIO B. ANZOATEGUI

«Por este modo, la pintura de Vaquero es pura geología, mejor dicho, pura teogeología. Porque él es un pintor religioso. Porque su visión, su comprobación de la tierra, incluye la presencia tremenda de un creador. La presencia, sí, de alguien que está allí con la cosa creada, con su creatura; de alguien que, sobre ser creador, quiere seguir siendo testigo. El dramatismo de Vaquero no nace de él ni de la naturaleza que se nos mete por nuestra ventana. Por eso nos sobrecoge su paisaje: por lo que tiene de olvidado y aparecido, por lo que hay en él de resurrección.

Porque en él arde el color y quema la nieve y atruena el silencio como en el primer día. Porque su obra es el noticioso de una edad; el documental filmado para los ojos de quienes saben reconocer en el buey o en la ola, en el guijarro o en la nube o en la gema del árbol, el ancho y empavorecido milagro de la creación.»

(«Clarín», Buenos Aires, 6 octubre 1960.)

SALARRUE

«Vaquero seguirá creciendo con ritmo siempre vegetal y es muy posible que vaya, de hito en hito, haciéndose más abstracto, mas sin dejar de ser él mismo: una expresión de planta vigorosa. Vaquero no es un pintor de facetas (en ritmo mineral) como Picasso quien hoy muestra un aspecto y mañana otro; en Vaquero hay la unidad individual: sus frutos acendran más miel cada vez, pero saben a lo que son: si higo a higo; si pera a pera y así, por sus frutos los conoceréis sin perderlo de vista.»

(«El Diario de Hoy», San Salvador, 16 julio 1961.)

ALFONSO ORANTES

«Vaquero nos ofrece una obra equilibrada, serena, madura, maestra. Quien ha tenido una vida artística tan movida, aunque no agitada, no podría dar otro fruto. Rezuma saber, oficio, refinamiento. No le tientan los alardes, seguro de que eso es dominio exclusivo de la versatilidad de quien conoce los secretos de la paleta. Sabe que los caminos de la pintura son innumerables; pero no se pierde ni agota en sus laberintos. En esto reside su grandeza. Vaquero es un maestro. Por eso conmueve y convence.»

(«El Diario de Hoy», San Salvador, 21 julio 1961.)

JOSE ANTONIO RIAL

«... La España cósmica está aquí. España es uno de los países más vastos de la tierra, en medidas íntimas, en lenguas de angustia, pudiéramos decir. Francia e Italia son recoletas al paso del tren. En América los llanos dilatados no tienen huella humana y se nos pierden de vista en su infinitud sin hitos, mientras que en la Península hay como una pugna o combate trágico del hombre con la Naturaleza que es lo que se siente en el patetismo de estos cuadros...»

(«El Universal», Caracas, 11 mayo 1961.)

P. FERNANDEZ MARQUEZ

«En estos paisajes de Vaquero, se nos aparecen, con toda su terrible grandeza y su doliente austeridad, los campos y los pueblos de las tierras de "pan llevar"...

Cuando un pintor puede emplear los pocos recursos que Vaquero emplea en su cuadro de las tierras aradas y ciénaga verde, para conseguir los resultados que él consigue allí, es porque se trata de un artista para quien los medios ya no son problema, de un artista que está muy por encima, en sus concepciones, de los medios que emplea. Entonces, cada cuadro, puede ser una lección concepcional.»

(Suplemento de «El Nacional», México D. F., 13 mayo 1962.)

JORGE J. CRESPO DE LA SERNA

«Vaquero, por ende, pinta la tierra y la de otras partes, como si le quisiera arrancar su secreto eterno. La pinta con escoplo. La esculpe en grandes planos en que cada accidente, pugna por sustantivarse; en que cada arruga volcánica, cada embate del mar, cada bloque del edificio milenario, cada campo sin horizonte, ploclaman fuertemente su existencia, su ser, en un conjunto tectónico de gran aliento.»

(«Novedades», México D. F., 19 mayo 1962.)

ENRIQUE F. GUAL

«Vaquero es el paisajista de pecho afuera y gran saber interno que inculca en el lienzo lo más granado de la mística pictórica española. Sus paisajes de Castilla —y los no pintados allí— muestran el portento de unificarse bajo el manto de la religiosa tristeza y del poder expresivo lacónico. La indicación adquiere en él un sexto sentido mediante el cual aquélla se amplifica a extremos casi abundantes. Y decimos

esto en plena posesión del valor que tiene el saber indicar, es decir dominar el justo punto de la sugerencia, que es como saber de la expresión con económico calificar.»

(«Excelsior», México, D. F., 13 mayo 1962.)

GUILLERMO RUIZ

«El paisajista Vaquero es diferente; su transformación al paisaje nunca imaginado, su maravilloso mundo está oculto detrás de las realidades visibles, para evocar realidades inéditas, donde se vislumbra su sensibilidad en estado espiritual y moral, precursora de nuevas formas de convivencia de un mundo nuevo. Vaquero es pintor imponente de la nueva arquitectura en el paisaje, ese paisaje de volúmenes en el espacio, donde la forma y el color con su fuerza expresiva, nos llevan a un mundo nunca imaginado.»

(«Impactos», México, D. F., 30 mayo 1962.)

J. RAMIREZ DE LUCAS

«La pintura de Joaquín Vaquero se nos muestra ahora en plena madurez vital y madurez de concepto. Si no supiéramos que Joaquín Vaquero es arquitecto también, tendríamos que deducirlo al observar lo estructurada que se nos presenta. Estos secos paisajes castellanos tienen osamenta, férrea trama para sustentarlos, estructura en una palabra.»

(«Arquitectura», marzo 1966.)

JOSE HIERRO

«Cada etapa de un maestro es siempre una confirmación y una sorpresa. Confirmación de un camino y una personalidad. Sorpresa, porque el artista va más allá de lo previsto por el espectador, y halla soluciones diferentes a los viejos problemas. Estos paisajes

que expone en la sala de la Dirección General de Bellas Artes están, en cierto modo, en la línea de aquellos deslumbradores que mostró no sé si en una de las bienales hispanoamericanas o en una nacional. Sin embargo, lo apuntado, lo esquemático parecía hecho allí de afuera adentro, más por voluntad de renovarse que por necesidad de expresar mensajes nuevos. En esta exposición la grandiosidad de los paisajes de Vaquero adquiere no sé qué verdad, qué temblor, qué intimidad, de la que carecían, en mi opinión, aquéllos. Y siendo pintura pura, sin sobrecarga literaria, poseen el misterio de aquellas geologías antropomórficas a que se dedicó en otra etapa suya. Dos facetas se unen en esta exposición: la representada por sus visiones del Coliseo y esa obra abreviada, lindante con la no figuración, que componen sus variaciones sobre Castilla. En una y otra está el gran artista de ayer y de mañana, con presencia, altura y magisterio.»

(«El Alcázar», 18 marzo 1966.)

JOSE DE CASTRO ARINES

«La naturaleza, en su simplicidad, se queda en osamenta, se desnuda de oropeles, es como llama del Sinaí. Un poco más, y la obra de Vaquero, ahora exhibida en la Dirección de Bellas Artes, será la pura y descarnada ecuación de las cosas naturales.»

(«Diario de Barcelona», Barcelona, 26 marzo 1966.)

GERARDO DIEGO

«No podría pintarse una pintura como la de Joaquín Vaquero sin vivir en nuestro siglo y haber gozado de la nueva acrovisión de los vuelos aviónicos. Vaquero habrá disfrutado y aprendido tanto como del sublime espectáculo, aunque sea a través de la bruma de los mezquinos ventanales sucios. Vaquero,

asturiano, pero llevado por el ímpetu del amor a fecundar lo más egregio de la América Istmica, no puede ya nunca olvidar la visión aquilina de los volcanes, cumbres, barrancos y lagos de aquella increíble orografía. Ni tampoco las luces melancólicas o triunfales, cegadoras, moderadas hasta el vértigo, hasta la fisión resquebrajadora. Aunque ahora pinte anchurosas Castillas, humildes Tierras de Campos, laderas metamórficas en exuberante variación de estación y color, de hora y de inminencia, aunque viaje por el desierto que él levanta en lentas ondas planas, por los Egiptos y los Orientes de más allá en búsqueda ansiosa de emociones, y luego vuelva a los arcaicos montes de Lugo, fastuosos si se les contempla desde el camino del cielo, siempre le quedará la huella de la garra americana.»

(«Arriba», Madrid, 27 marzo 1966.)

ANTONIO MANUEL CAMPOY

«No se crea, sin embargo, que la atracción de la naturaleza sobre Vaquero es de la misma filiación que aquéllas de Rousseau y Wordsworth. En Vaquero puede haber romanticismo, evasión, sí, pero hay sobre todo, admiración, entusiasmo, certeza de un aprendizaje divino, como en San Bernardo cuando decía: «Escucha a un hombre de experiencia: aprenderás más en los bosques que en los libros. Arboles y piedras te enseñarán más de lo que puedas adquirir por boca de un magíster». Wordsworth —ya lo vio Aldous Huxley— extraía de la naturaleza un goce estético y literario; San Bernardo la proponía como una iniciación al espíritu de Vaquero. Adentrados en su naturaleza, efectivamente, rodeados de soledades e inmensidades, comenzamos a sentir los latidos de nuestra propia alma.»

(«Arriba», Madrid, 27 marzo 1966.)

JOSE DE CASTRO ARINES

«Esta pintura de la «nouva vita» de Vaquero, auro-
ral, inicial, me importa; ella es la que importa cier-
tamente. Casi es ella una pintura de síntesis, de an-
helos febriles entreabiertos a un nuevo despertar.
Y no fue preciso al pintor abandonar sus viejas incli-
naciones naturales, sino cambiarles el oriente. Un
joven pintor sin duda este nuevo Joaquín Vaquero.»

(«Informaciones», Madrid, 31 octubre 1968.)

M. A. GARCIA VIÑOLAS

«Las cosas —piedras, tierras o árboles— que ahora
pinta Joaquín Vaquero no pierden la noción de lo que
son ni renuncian al recreo de su plasticidad, pero
están como más alegres, yo diría más jóvenes, en esa
segunda juventud que tiene, sobre la primera, el pri-
vilegio de ser más sabia y gozar con pleno sentido
el aliciente de las cosas. Este es un reino en el que
todo apreciador de la pintura debe detenerse. Hay
mucho que ver en estos cuadros. La historia de nues-
tra pintura contemporánea tiene bastantes nombres,
pero muy pocos puntos de referencia en que apoyar
estilo o una generación. La pintura de Joaquín Va-
quero es uno de ellos.»

(«Pueblo», Madrid, 6 noviembre 1968.)

MANUEL POMBO ANGULO

«Vaquero, de tan español que es, ha conquistado
América. Alguno de sus lienzos tienen la inmensidad
rotunda de los versos de Rubén, cuando hacía hablar
a los cisnes y rezar a los hombres. Cuando los cis-
nes blancos les contestaban que era inmortal. Su pai-
saje no es un paisaje único; es una variedad de senti-
mientos en el paisaje. Un mismo paisaje es interpre-
tado de diversas maneras por este gran sentimental

que posee el ímpetu artístico de los Atlantes; que hace esculturas con el cemento y que sintetiza, a lo último, los volcanes y las cordilleras, como en un gran juicio final del que hubiera que surgir, prodigiosa, la resurrección.»

(«La Vanguardia Española.»)

L. FIGUEROLA-FERRETTI

«En los que presenta plantea, en primer lugar, una magnitud virgen de grandiosidad desolada, una concepción de cósmico panteísmo que excede lo descriptivo para proporcionarnos el sentido interior que poseen todas las cosas y, en preferente condición, la tierra madre alumbradora de todo cuanto nos rodea. Así, sus anchas y casi medrosas perspectivas nos sugieren la tremenda preñez de la superficie de nuestro planeta como en un estado de bíblica rudeza del que pudiera surgir o el monstruo de épocas remotas o una floración paradisiaca. El tiempo parece haber retrocedido en esos paisajes como recién nacidos de la mano de Dios. La del hombre artista —la de Vaquero— ha traído plásticamente la posibilidad de tales conceptos con una grandeza de servidumbre y ponderación de elementos que fácilmente denuncian la presencia del pintor-arquitecto deleitoso por la ordenación de masas, en un plano de expresividad donde lo cromático cede al puro volumen concretado con parva materia, clara o fosca, mineral o vegetal, pero siempre regida por una predilección hacia la forma neta, desnuda de toda seducción colorista. Así su pintura cobra, sin la menor ostentación, caracteres de una amplitud de geológica soberbia a través de la apariencia mínima de una sobriedad tectónica.»

RAMON FARALDO

«En el cuadro de nuestros pintores proclamados y situados, Joaquín Vaquero es el menos situable de

todos, al menos encasillado en confines propios o ajenos, algo así como el gran Meaulnes de este inter-nado del arte español. Frente al arte como con-templación o al arte como sedentarismo. Vaquero practica arte expansivo, pintura multipresente, pin-tura de ver más que de estar. Parece decirnos que el planeta es la causa, y nosotros testigos de la causa. Testigo planetario, de elástica raíz asturiana, su pa-leta fue curtida por todos los climas. Desierto, simas andinas, ciudades en activo y en pasado, la vieja Itálica, Castilla, páramos y costas informaron su acción, haciéndola suya o haciéndose suyos.»

(«Ya», Madrid, 14 noviembre 1968.)

JULIO TRENAS

«Ambitos resecos, de entonaciones fundamentales y planas, extendidas con soberana amplitud sobre la tela, fabrican un mundo sin vida, donde no concebi-mos el latido humano y que produce sobrecogedora sensación de paz. Naturalmente no se trata de una paz arcádica, sino de aquella otra que sucede al ca-taclismo. Por eso, incluso en las tonalidades, estos cuadros tienen mucho de pagadas extensiones vol-cánicas, cuando no reflejan ellos mismos un volcán concreto hallado por Joaquín Vaquero en sus recorri-dos por América.»

(«La Vanguardia», Barcelona, 17 noviembre 1968.)

MARGARET CLARK

«Vaquero poetiza a la naturaleza. Hay en su per-cepción intuición, sueño e idealización.»

Vaquero tiene una personalidad amistosa abierta, cálida, con una cierta serenidad y un relajamiento en su modo de ser que le hace a uno sentirse maravi-

llosamente sin saber por qué. Su pintura refleja ese estado mental sólido, silencioso, pacífico, espiritual.»

(«Manhattan East» New York, diciembre 1968.)

LUIS LOPEZ ANGLADA

«Para cuando se haga la exposición antológica de Joaquín Vaquero habrá que ir recogiendo el molde de las huellas que él fue dejando por todos los caminos para que los pocos avisados se den cuenta de que el mundo cambió después del paso del pintor frente a sus diversidades. Porque Vaquero pudo haber sido de los que inventan los atardeceres y se duermen sobre los laureles, pero prefirió los que ya estaban inventados desde la frases inaugurales del «Fiat Lux» y acertó a estar despierto en el instante de las ramas nuevas y de los campos recién llovidos. En una de sus cabalgadas detuvo su prisa frente a la ciudad castellana y se le quedó el alma prendida en las cuatro murallas y en la madre torre.»

(«La Estafeta Literaria», Madrid, 15 agosto 1971.)

ALBERTO SARTORIS

«En los paisajes de Vaquero, incluso en los que se presentan con el aspecto de una desolación extrema, se desarrolla una vida oculta, perfilada con decisión, por medio de largas pinceladas originales, que sólo expresan lo esencial. Por otra parte, sus paisajes, ya se presenten desérticos y dominados por la arena, o contruidos con surcos, bandas y estrías marrones de todas las tonalidades (que constituyen verdaderas obras maestras), bien estén dispuestos en planos escalonados, con epidermis azafranada, atigrada o aleopardada, con estratificaciones o intersecciones; ya representen, en fin —como los más recientes—, paisajes abstractos formados por elementos multicolores rectangulares, superpuestos y articula-

dos, y sometidos a curvaturas y circunvoluciones, ya estén sintetizados a golpes de espátula, siempre resultan fabulosos.

(Ensayo «Actualite magique du chant pictural de Vaquero»,
septiembre-octubre 1971.)

JOSE HIERRO

«Es la búsqueda de la clasicidad, del equilibrio, sin caer por ello en amaneramientos ni retornos innecesarios: sustancia antigua en forma nueva. Antigüedad sin arqueología: plástica pura. Un intermedio: la ventana abierta a imágenes visionarias; geología antropomórfica, montañas como gigantes o gigantes como montañas. Yo diría que es la obra de un surrealista clásico, frente a la viscosa y freudianamente oscura del surrealismo romántico. Y a la etapa más reciente, la de los países desolados, expresados con manchas amplias y majestuosas, ocre y amarillos donde estuvo la luz, y ahora sólo el color, vaciado de aire. En este rumbo, la evolución se produce caminando hacia un arte cada vez más escueto, donde el color es signo de la luz, y el ritmo lineal signo del volumen.»

(«Nuevo Diario», Madrid, 1972.)

M. A. GARCIA VIÑOLAS

«Al bullicio tropical de sus años veinte con figuras que estremece un ciclón en La Habana o que bañan su hermosa desnudez en un río, sucede el silencio impresionante, como de siesta volcánica, de unos campos de soledad, anchos de majestades, que desembocan hoy, así en el mar un río de robusto caudal, en estos paisajes para Dios Padre que Vaquero pone ante nuestros ojos como quien extiende un plano del cosmos para localizar todo lo que hay de eterno en Castilla.

Es ésta una pintura patriarcal, de dilatados horizontes. El pintor no acaricia, sino que lo apacienta como un pastor que guarda su próspero rebaño de silencios. Ya no hay apenas una referencia, un signo vegetal o una presencia humana que alivien la sustancial naturaleza de estos paisajes íntegros. Si ancha es Castilla, bien ancha está en los lienzos de Vaquero, limpia de anécdota y alegre de solemnidad, pintada para presidir el universo.»

(«Pueblo», Madrid, 9 febrero 1972.)

GAYA NUÑO

«Vaquero, como buen intelectual, es convencido partidario de que todo ha de ser estructurado, rigurosamente estructurado, y tal ha hecho con el paisaje asturiano, con el latino, con el castellano. Todavía más difícil: Debe ser incorporado a la medida del cuerpo humano, y ser éste, constituirse éste, en módulo indicador de las superficies y masas —sobre todo masas— del paisaje visto. Lo que entonces ocurre queda lejos de las previsiones normales. Un paraje natural puede constituirse en trasunto animal, humano, orgánico, prestando mayores calidades de vida a lo encontrado. De aquí sus paisajes antropomórficos... Esas tremendas fosilizaciones de hombrotes milenarios que caen de bruces como en actitud de súplica figuran entre lo más sólido que haya podido imaginar y pintar nuestro asturiano.

Surrealismo, evidentísimo surrealismo, se dirá. En principio estamos de acuerdo, e incluso creo haber sido yo el primero en proclamarlo. No es floja azaña, entonces la de haber coordinado de manera tan sugestiva la expresión surreal con la dicción «fauve», y un artista menos poderoso que éste ya se habría cuidado de multiplicar el hallazgo hasta lo indecible. Vaquero ha tenido la elegancia de no hacerlo así, de

no explotar la idea. Mas inteligentemente, hace camppear meteorología de surrealismo en el simple hecho de situar las ruinas de un templo clásico en un desolado desierto que preside un cerro perfectamente anticlásico. O retratar monumentos insignes y por demás ciertos, con un sorprendente anhelo de misterio.»

(«La pintura española del siglo XX».)

ESQUEMA DE LA VIDA DEL PINTOR

1900

— Nace el pintor en Oviedo.

1916

— Exposición de Artistas Asturianos.
Universidad de Oviedo.

1919

— Exposición individual en Oviedo.
Sala Piquero.

1920

— Se traslada a Madrid

1923-1924-1925

— Dibujante Jefe del estudio de decoración de interiores en la casa Waring & Gillow. Interviene en todos los trabajos que se hacen en estos años en el Palacio Real y en el Palacio de Liria.

1926

— Exposición individual en Oviedo.
Sala Masaveu.

— Exposición individual en el Museo de Arte Moderno. Madrid. El Museo adquiere el cuadro «Agosto».

1927

- Título de Arquitecto, en la Escuela Superior de Arquitectura de Madrid.

1927

- Exposición individual en Knoedler Galleries, Place Vendôme, París.

1928

- Se traslada a New York.
- Exposición individual en Knoedler Galleries, 57 Street, New York (El Brooklym Museum adquiere un cuadro): «Iglesia de San Andrés».
- Exposición individual en The Three Arts Club, New York.
- Invitado extraordinario en la exposición anual de pintores norteamericanos, «National Academy of Design», New York
- Ejecuta decorados de cine para la First National Pictures, New York.
- Exposición individual en Veerhoff Galleries, Washington. D. C.
- Se traslada a las Antillas y Centro América y en San Salvador contrae matrimonio con Rosa Turcios Darío, sobrina carnal de Rubén Darío.

1929

- Medalla de plata en la Exposición de Sevilla.
- Exposición Internacional de Barcelona.

1930

- Primera medalla de Arquitectura en la Exposición Nacional, Madrid.

1931

- Ilustra las ediciones norteamericana e inglesa del libro «New York» de Paul Morand, Henry Holt y Co. Pbrs. con 20 dibujos a toda plana.
- Exposición individual en Oviedo, Sala Piquero.
- Exposición individual en San Salvador, República de El Salvador, Centro América (Sala Trigueros).

1932

- Cuadros en la exposición de artistas ibéricos en Oslo, Copenhague y Berlín.
- Cuadros en la exposición circulante del Museo de San Diego, California.

1934

- Exposición individual. Sala Peñalba, Oviedo.

1935

- Cuadros en la exposición de artistas españoles en el Museo de Jeu de Pommés, París.

1938-1939

- Ejecuta los decorados para «Teatro de Arte» con fines benéficos en colaboración con Rafael Benedito, Santiago de Compostela.
- Monta y dirige la representación de Autos Sacramentales en el Altar Mayor de San Martín Pinario en Santiago de Compostela.

1940

- Cuadros en la «Biennale Internacionales de Venezia».

1941

- Cuadros en la exposición de pintores asturianos, Sala Biosca, Madrid
- Cuadros en la Exposición de Pintura Española de Buenos Aires. Museo Nacional de Arte Moderno (el Museo adquiere una obra) «Paisaje del Norte».
- Segunda Medalla en la Exposición Nacional de Bellas Artes, Madrid.

1942

- Cuadros en la Exposición de artistas españoles en Berlín.
- Exposición individual, Salas Macarrón, Madrid.
- Segundo premio en la Exposición «Rincones de Madrid», Círculo de Bellas Artes.
- Cuadros en la «Biennale Internazionale di Venezia».

- Primer Premio en la Exposición Nacional de Barcelona, Museo de La Ciudadela.
- Cuadros en la Exposición Internacional de Viena.
- Cuadros en la Exposición Nacional de Oviedo.

1943

- Exposición individual en Barcelona (Sala Argos).
- Barcelona, Sala Atenea.
- Exposición individual en Bilbao (Sala Arte). El Museo de Arte Moderno adquiere tres cuadros.

1944

- Estancia en Yucatán estudiando el arte maya y pintando.
- Barcelona, Museo de la Ciudadela, Exposición Nacional.
- Madrid, Museo Nacional de Arte Moderno, Personal. Exp. de un mural de 7,00 × 5,00, destinado al Instituto Nacional de Previsión de Oviedo, con los estudios y bocetos.
- Realiza el mural de «Los Chinamos» (2,00 × 8,00 metros) en el Casino Salvadoreño, San Salvador.

1945

- San Salvador, América Central. Estudio del Artista. Exposición individual.
- Estancia en Copan (Honduras), Quirigüa (Guatemala) y Yucatán (México) pintando y estudiando el arte maya.

1946

- Madrid, Sala Greco. Individual.
- Barcelona, Galería Argos. Individual.
- Madrid, Galería Guniel.
- Barcelona, Galerías Franquesa.
- Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- Exposición personal de temas de El Salvador. Conmemoración del Cuarto Centenario de la Función de San Salvador. Individual.

1947

- Santander, Exposición Iberoamericana, sala personal.

1948

- Madrid, Exposición Nacional. Medalla extraordinaria por el cuadro «Asedio».
- Ilustra con 300 dibujos una edición para bibliófilos de «Don Quijote de la Mancha». Ed. Argos, Barcelona.
- Evocación de Manolete en Lhardy en presencia del retrato de Vaquero.
- Avilés, Exposición Nacional «El mar en la pintura», Museo Provincial.
- Madrid, Salón de los Once.

1949

- Madrid, Círculo de Bellas Artes. Exposición de Pintores con Medalla de Oro.
- Gijón, Ateneo.
- Barcelona, Galerías Layetanas.
- Buenos Aires, Museo Nacional, Pintores españoles.
- Madrid, Salón de los Once de la Academia. Breve de Crítica de Arte.

1950

- Se traslada a Roma, donde reside hasta 1963.
- Ilustra el libro de poesías «Monserat» de Aron Cotrus.

1951

- Madrid, I Bienal Hispanoamericana (Premio de la República Dominicana).
- Pittsburg. Carnegie Institution.
- El Cairo. Artistas españoles.
- Santander, Exp. Internacional, Museo del Parque. Sala individual.

1952

- Madrid, Exposición Nacional. Primera Medalla.

- Venezia, Biennale Internazionale.
- Barcelona. Exp. Antológica de la I Bienal Hispanoamericana. Sala individual.

1953

- Madrid, Galería Prince.
- Barcelona, Galerías Layetanas.
- Sevilla, Exposición Nacional.
- Bilbao y Vitoria, Exp. de Artistas premiados en la I Bienal Hispanoamericana.
- Madrid, Museo de Arte Contemporáneo, Exp. Homenaje al Pintor Vázquez Díaz.
- Representa a España en el Congreso «De Divina Proporzione», Milán.

1954

- La Habana, II Bienal Hispanoamericana, Museo Nacional.
- Venezia, Biennale Internazionale.
- Viareggio, Exp. Int. del «Paesaggio italiano visto da artisti stranieri» (Primer premio).
- Madrid, Museo Nacional de Arte Contemporáneo. I Exp. de retrato femenino.
- Miembro del Jurado Internacional de la «Triennale di Milano».
- Madrid, Sociedad Española de Amigos del Arte; «Santiago en el Arte».
- Santiago de Compostela. Instituto Padre Sarmiento de Estudios Gallegos, Dibujos de Santiago; Presentación de Francisco Javier Sánchez Cantón.

1955

- Ejecuta los bajorrelieves que cubren la fachada de la central eléctrica de Grandas de Salime.
- Atenas, Alejandría, Beirut, etc... «Exposición de pintura y escultura española contemporánea».
- Oviedo, Museo Provincial «Pintura Joven».

1956

- Venezia, XXVIII Biennale Internazionale, Sala individual, con 30 obras.

- Es designado Miembro de la Academia di San Luca, Roma.
- Munich, Stuttgart. Antología de la pintura española.
- Palermo. Centro della Cooperazione Mediterranea. Personal. Inaugura el ciclo de exposiciones llamado «Grandes pintores Mediterráneos». Es designado Miembro de la Academia del Mediterráneo.
- Londres. The Arts Council «Some Twentieth Century Spanish Paintings».

1957

- Madrid, Exp. Nacional «Premio Ciudad de Barcelona».
- Miembro del Jurado Internacional de la «Trinennale di Milano». Elegido por votación entre los miembros del Jurado para constituir el Jurado Superior.

1958

- Miembro del Jurado Internacional de la «Biennale di Venezia» para la premiación extraordinaria de Arte Sacro.
- Bruxelles, Exp. Internacional.

1959

- Oviedo, Sala Cristamol Exp. Individual patrocinada por la Diputación Provincial (La Diputación Adquiere una obra para el Museo). «Albaradejo».

1960

- Madrid-Ateneo (Sala de Santa Catalina). Individual. Presentación de José Camón Aznar.
- Madrid, Colegio Oficial de Arquitectos. Individual.
- Buenos Aires, Galería Velázquez. Individual.
- Estancia de estudio y trabajo en Río de Janeiro, Brasilia y S. Paulo.
- Ejecuta en Roma la estatua en bronce para el monumento al prócer de la Independencia de América, general Arce (2,50 m.).
- Miembro del Jurado de la Biennale di Venezia para la premiación del Arte Sacro.

1961

- Caracas, Exposición Individual (Fundación Eugenio Mendoza).
- San Salvador. Exp. Individual. Sala Forma.

1962

- México. Exp. individual. Sala Oficial del Instituto Nacional de Artes Plásticas (INBA).
- Monterrey. Exp. individual. Sala A. C.
- Lleva a cabo la decoración y ornamentación exterior e interior de la Central Eléctrica de Miranda (Asturias) con un mural de 6×10 m. en el interior de la Sala de Máquinas y dos figuras de 13 m. de altura, talladas en los paramentos de hormigón de las entradas.
- Pinta el mural de La Huida a Egipto en el presbiterio de la capilla de los arquitectos, en la Iglesia de San Sebastián de Madrid.
- New Orleans. Exp. individual, invitado por el Louisiana State Museum. Recibe del alcalde de N. Orleans la llave de oro de la ciudad.

1963

- New York. Gallery 63. Exp. individual.

1966

- Madrid. Sala de la Dirección General de Bellas Artes. Exp. individual.

1968

- Pinta dos murales en el nuevo edificio de Hidroeléctrica del Cantábrico, en Oviedo, Sala de Consejos.
- Exposición individual, Sala Kreisler. Madrid.

1969

- Exposición individual, Sala Kreisler. New York. El Museo de Brooklyn adquiere el cuadro «Tierras de Segovia».

1970

- Elegido Académico de número de la Real Ac. de BB.AA. de San Fernando.

1971

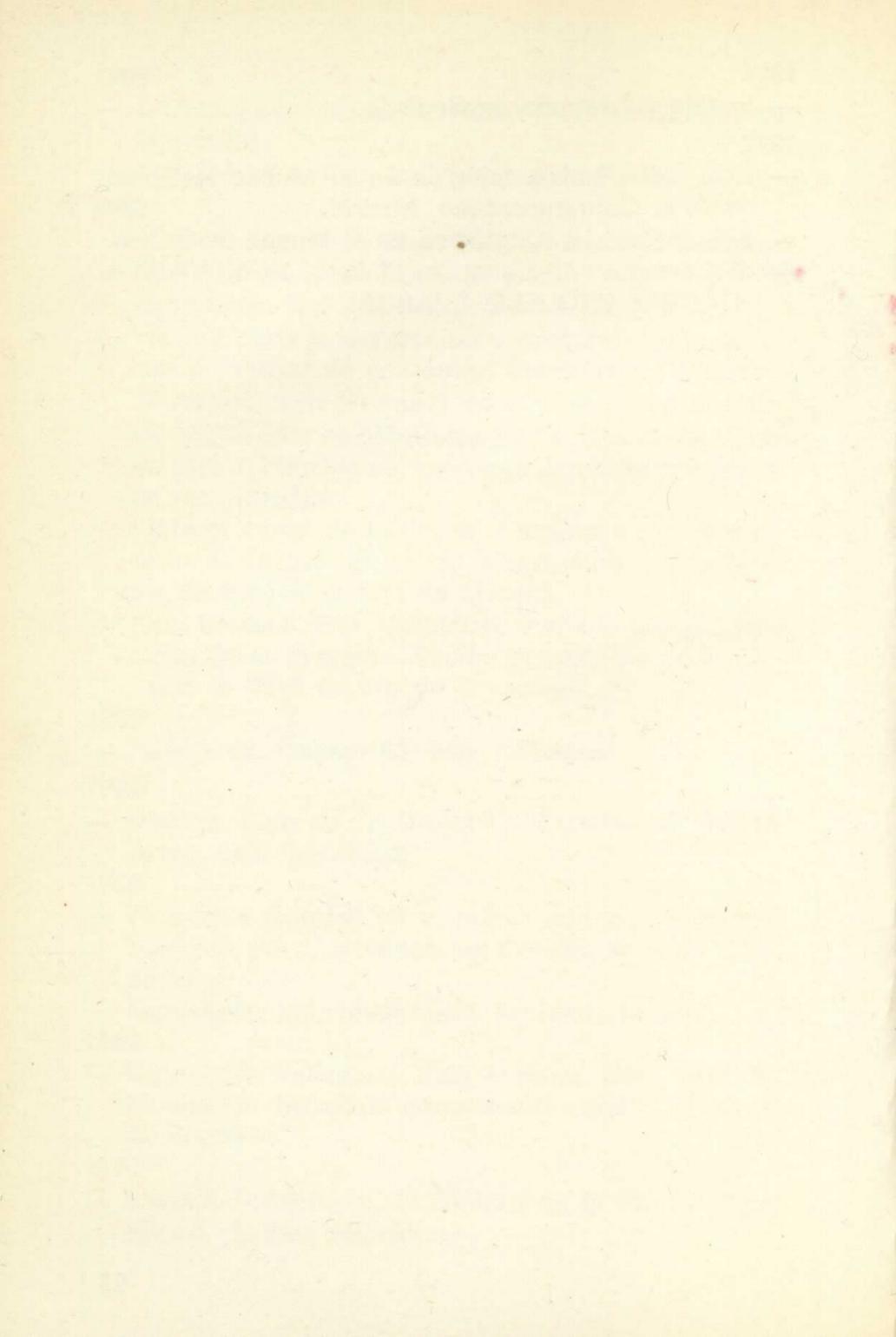
— Instala su estudio en Segovia.

1972

— Exp. Individual Antológica en el Museo Nacional de Arte Contemporáneo. Madrid.

— Exp. Individual Antológica en el Museo de Bilbao.

— III Certamen Nacional de Pintura. HOMENAJE A JOAQUIN VAQUERO. LUARCA.



BIBLIOGRAFIA

BRADOMIN, **La Voz de Asturias**,
24-9-1919.

FRANCISCO ALCANTARA, **El Sol**, Ma-
drid, 16-3-1926.

DEOCH FULTON, «Joaquín Vaquero».
The Art News, New York, 31-12-1928.

MARGUERITE PEARSON, **Post**, New
York, 7-4-1928.

JULIAN LOPEZ PINEDA, San Salvador,
2-7-1928.

MIGUEL PEREZ FERRERO: «Cosas del
pintor y arquitecto Joaquín Vaque-
ro». **Revista de la Raza**. Madrid, 1929.

JESSICA STEPHENS: «Joaquín Vaque-
ro». **Apollo**. Londres, 1930.

ALFONSO CAMIN, **Norte**, México, D.F.,
abril 1932.

ALICE LAWTON: «Joaquín Vaquero».
The Boston Sunday Post, 2-12-1934.

- MANUEL ABRIL: «Joaquín Vaquero», **Santo y Seña**, Madrid, 5-11-1941.
- JUAN FRANCISCO BOSCH: «Joaquín Vaquero y su obra sólida y fuerte». **El Año Artístico Barcelonés**. Barcelona, 1942.
- BENITO RODRIGUEZ FILLOY: «Los tres mejores pintores del año». **Sí**. Madrid, 2-5-1942.
- M. RODRIGUEZ DE RIBAS: «Joaquín Vaquero». **Misión**, 2-5-1942.
- JOSE M. MARAÑON, **Destino**, Barcelona, 1942.
- BENITO RODRIGUEZ FILLOY, **Arriba**, Madrid, 1942.
- FERNANDO JIMENEZ-PLACER, **Ya**, Madrid, 29-4-1942.
- TRISTAN DE LA ROSA, **La Vanguardia Española**, Barcelona, 21-2-1943.
- JOSE FRANCES, **Conferencia dada en la Universidad de Oviedo**. Septiembre 1943.
- MIGUEL MOYA HUERTAS: «La pintura de Joaquín Vaquero». **Vértice**, número 74. Madrid 1944.
- LUIS PRIETO BANCES: «La pintura en el marco arquitectónico». **Reconstrucción**, junio-julio, 1944.
- FRANCISCO DE COSSIO, **ABC**, Madrid, 16-5-1944.
- EDUARDO AVILES RAMIREZ, **Diario de La Marina**, La Habana, 14 septiembre 1944.
- JOSE FRANCES: «Madre Asturias». **Afrodisio Agudo**, Madrid, 1945.
- A. JIMENEZ LANDI: «Exposición de pinturas de Joaquín Vaquero». **Revista de Indias**, Madrid, octubre-diciembre 1946.
- EUGENIO D'ORS, **Arriba**, Madrid, 3-2-1946.
- SANCHEZ CAMARGO, **El Alcázar**, Madrid, 19-2-1946.
- SILVIO LAGO, **Domingo**, Madrid, 1-12-1946.
- FRANCISCO DE COSSIO: «Una pintura mural». **ABC**, Madrid, 16-5-1947.

- CRESPO LEAL: «El continentalismo en la pintura de Vaquero». **Cobalto**, Vol. I. Ediciones Cobalto, Barcelona, 1947.
- JORGE LARCO: «La pintura en España», Vol. II: «Siglos XIX y XX». **Ediciones Futuro**, Buenos Aires, 1947.
- EUGENIO D'ORS: «Novísimo Glosario», **Arriba**, Madrid, 13-6-1948.
- LUIS GIL FILLLOL: «Vaquero». **Arte y Hogar**, Madrid, 1948-1949.
- ROSA TURCIOS DARIO: «Un pintor ante el paisaje del trópico. Joaquín Vaquero». **Mundo Hispánico**, Madrid, mayo 1948.
- JOSE PRADOS LOPEZ: «Arte español». Madrid, 1950.
- J. A. GAYA NUÑO: «La pintura española del medio siglo». **Ediciones Omega**, Barcelona, 1952.
- LUIS FELIPE VIVANCO: La Primera Bienal Hispanoamericana de Arte. **Editorial Afrodisio Aguado**, Madrid, 1952.
- RAMON FARALDO, **Ya**, Madrid, 24 febrero 1952.
- RAMON FARALDO: Espectáculo de la Pintura española. **Editorial Cigüeña**, Madrid, 1953.
- F. J. SANCHEZ CANTON: Introducción al catálogo de dibujos de Vaquero Palacios y Vaquero Turcios. **Instituto Padre Sarmiento de Estudios Gallegos**, Santiago de Compostela, 1954.
- JOSE MARIA VALVERDE: «Salmodia al pintor Joaquín Vaquero». **Versos de Domingo**. **Editorial Barna**, Barcelona, 1954.
- FORTUNATO MISURI, **Nazione**, Florencia, 29-7-1954.
- MARCO TAGLILOLO, **Il Tirreno**, Livorno, 29-7-1954.
- J. A. GAYA NUÑO: La cultura del siglo XX. La pintura. **Editorial Pegaso**, Madrid, 1955.

- E. JIMENEZ PLACER: Historia del Arte Español, volumen II. **Editorial Labor**, Madrid, 1955.
- MAURICIO GOMEZ MAYORGA: «Visiones de Italia». **Editorial Finisterre**, México, 1955.
- NIELS VON HOLST: «Das Kunst der Welt auf der Biennale 1956 in Venedig». Feuilleton-Frankfurt Allgemeine Zeitung. Frankfurt, 23-6-1956.
- UBALDO MIRABELLI: «Successo della Mostra di Vaquero». **Collaborazione Mediterranea**, Palermo, 15-12-1956.
- G. S. WHITTET: «Some 20th Century Spanish Painters». **The Studio**, Londres, octubre, 1956.
- DORA PUELMA, **El Diario Ilustrado**, Santiago de Chile, 26 febrero 1956.
- JUAN EDUARDO CIRLOT: Arte Contemporáneo. Barcelona, 1958.
- RAYMOND COGNIAT, Historia de la Pintura. 2 tomos, Editorial Vergara, 1958.
- M. GARCIA VIÑO, **La Estafeta Literaria**, Madrid, 1958
- S. ARBOS BALLESTE: «La pintura de Joaquín Vaquero», **ABC**, Madrid, 29-1-1957; **Blanco y Negro**, Madrid, enero 1959.
- JOSE CAMON AZNAR: «El arte de Joaquín Vaquero». **Cuadernos de Arte del Ateneo de Madrid, Editora Nacional**. Madrid, 1959.
- RAMON FARALDO: «La pintura planetaria de Joaquín Vaquero». **Ya**, Madrid, febrero 1959.
- M. GARCIA VIÑO: «Vaquero». **Alcázar**, Madrid, 23-1-1959; «Vaquero». **La Gaceta Literaria**, Madrid, enero 1959.
- LUIS GIL FILLOL: «La Naturaleza pelada». **Luna y Sol**, Madrid, abril 1959.
- CIRILO POPOVICI: «Joaquín Vaquero». **SP**, Madrid, febrero 1959.

- LUIS FELIPE VIVANCO: «La ruptura de forma en la pintura de Joaquín Vaquero». **Conferencia pronunciada en el Colegio de Arquitectos de Madrid**, enero 1959; «Joaquín Vaquero». **Arquitectura**, Madrid, 1959.
- CONSTANTINO SUAREZ: «Escritores y Artistas Asturianos». **Instituto de Estudios Asturianos**, 1959.
- OSIRIS CHIERICO, **Correo de la Tarde**, Buenos Aires, 4-9-1960.
- IGNACIO B. ANZOATEGUI, **Clarín**, Buenos Aires, 6-10-1960.
- SALARRUE, **El Diario de Hoy**, San Salvador, 16-7-1961.
- ALFONSO ORANTES, **El Diario de Hoy**, San Salvador, 26-7-1961.
- JOSE ANTONIO RIAL, **El Universal**, Caracas, 11-5-1961.
- P. FERNANDEZ MARQUEZ, **El Nacional**, México, D. F., 13-5-1962.
- JORGE J. CRESPO DE LA SERNA, **Novedades**, México, D.F., 19-5-1962.
- ENRIQUE F. GUAL, **Excelsior**, México, D.F., 13-5-1962.
- GUILLERMO RUIZ, **Impacto**, México, D.F., 30-5-1962.
- JORGE LARCO: «La Pintura Española Moderna y Contemporánea». Vol. II y III. **Ediciones Castilla, S. A.**, Madrid, 1964.
- J. RAMIREZ DE LUCAS, **Revista «Arquitectura»**, marzo 1966.
- JOSE HIERRO, **El Alcázar**, 18-3-1966.
- JOSE DE CASTRO ARINES, **Diario de Barcelona**, Barcelona, 26-3-1966.
- GERARDO DIEGO, **Arriba**, Madrid, 27-3-1966.
- ANTONIO MANUEL CAMPOY, **Arriba**, Madrid, 27-3-1966.



- MARTINEZ RIVAS, CARLOS: «Vaquero». **Ediciones de la Dirección General de Bellas Artes**, Madrid, 1966.
- JOSE DE CASTRO ARINES, **Informaciones**, Madrid, 31-10-1968.
- M. A. GARCIA-VIÑOLAS, **Pueblo**, Madrid, 6-11-1968.
- RAMON FARALDO, **Ya**, Madrid, 14-11-1968.
- JULIO TRENAS, **La Vanguardia**, Barcelona, 17-11-1968.
- MARGARET CLARK, **Manhattan East**, New York, diciembre 1968.
- MANUEL POMBO ANGULO: «Vaquero». **La Vanguardia Española**, 5 noviembre 1968.
- J. A. GAYA NUÑO: «La Pintura Española del Siglo XX», **Ibérico Europea de Ediciones, S. A.**, Madrid, 1970.
- JOSE VILLA PASTUR: «El Libro de Asturias». **Editorial Prensa del Norte**, 1970.
- LUIS LOPEZ ANGLADA, **La Estafeta Literaria**, Madrid, 15-8-1971.
- ALBERTO SARTORIS: «Actualité magique du chant pictural de Vaquero», septiembre-octubre 1971.
- JOSE HIERRO, **Nuevo Diario**, Madrid, 1972.
- M. A. GARCIA-VIÑOLAS, **Pueblo**, Madrid, 9-2-1972.
- FRANCISCO CARANTOÑA: «Joaquín Vaquero». **Tipo-Offset La Industria**. Gijón, 1972.

INDICE DE LAMINAS

	Pág.
«Techos de Escoba». 1921	33
«Después de un chubasco». 1925	34
«El cráneo». 1956	34
«La noche». 1956	35
«Farallones». 1956	36
«Mediterráneo II». 1956	37
«Deshielo». 1956	38
«Paisaje volcánico». 1956	38
«Poblado en el valle de los reyes». 1959 ...	39
«El Pantheon». 1959	40
«Paisaje amarillo». 1970	41
«Pirámide de Meidum». 1960	42
«Nubes sobre Castilla». 1960	43
«Amate con zebúes». 1960	43
«Volcán apagado». 1961	44
«Pueblo en la Tierra de Campos». 1971	45
«El pastor». 1971	46
«Rastrojo quemado». 1971	46
«El chubasco». 1971	47
«Rastrojo quemado». 1971	48
«Ladera roja». 1971	Portada

INDICE

	<u>Pág.</u>
EL PINTOR	7
LA PINTURA	27
LÁMINAS	33
EL PINTOR ANTE LA CRÍTICA	61
ESQUEMA DE LA VIDA DEL PINTOR	87
BIBLIOGRAFÍA	97
INDICE DE LÁMINAS	103

COLECCION

'Artistas Españoles Contemporáneos'

- 1/Joaquín Rodrigo, por Federico SOPEÑA.
- 2/Ortega Muñoz, por Antonio Manuel CAMPOY.
- 3/José Lloréns, por Salvador ALDANA.
- 4/Argenta por Antonio FERNÁNDEZ CID.
- 5/Chillida, por Luis FIGUEROLA-FERRETTI.
- 6/Luis de Pablo, por Tomás MARCO.
- 7/Victorio Macho, por Fernando MON.
- 8/Pablo Serrano, por Julián GALLEGO.
- 9/Francisco Mateos, por Manuel GARCÍA-VIÑÓ.
- 10/Guinovart, por Cesáreo RODRÍGUEZ-AGUILERA.
- 11/Villaseñor, por Fernando PONCE.
- 12/Manuel Rivera, por Cirilo POPOVICI.
- 13/Barjola, por Joaquín DE LA PUENTE.
- 14/Julio González, por Vicente AGUILERA CERNI.
- 15/Pepi Sánchez, por Vintila HORIA.
- 16/Tharrats, por Carlos AREÁN.
- 17/Oscar Domínguez, por Eduardo WESTERDAHL.
- 18/Zabaleta, por Cesáreo RODRÍGUEZ AGUILERA.
- 19/Failde, por Luis TRABAZO.
- 20/Miró, por José CORREDOR MATHEOS.
- 21/Chirino, por Manuel CONDE.
- 22/Dalí, por Antonio FERNÁNDEZ MOLINA.
- 23/Gaudí, por Juan BERGÓS MASSÓ.
- 24/Tapiés, por Sebastián GASCH.
- 25/Antonio Fernández Alba, por Santiago AMÓN.
- 26/Benjamín Palencia, por Ramón FARALDO.
- 27/Amadeo Gabino, por Antonio GARCÍA-TIZÓN.
- 28/Fernando Higuera, por José DE CASTRO ARINES.
- 29/Miguel Fisac, por Daniel FULLAONDO.
- 30/Antoni Cumella, por Román VALLÉS.
- 31/Millares, por Carlos AREÁN.
- 32/Alvaro Delgado, por Raúl CHÁVARRI.
- 33/Carlos Maside, por Fernando MON.
- 34/Cristóbal Halffter, por Tomás MARCO.
- 35/Eusebio Sempere, por Cirilo POPOVICI.
- 36/Cirilo Martínez Novillo, por Diego Jesús GIMÉNEZ.
- 37/José M.ª de Labra, por Raúl CHÁVARRI.
- 38/Gutiérrez Soto, por M. GARCÍA-VIÑÓ.
- 39/Arcadio Blasco, por Miguel Angel BALDELLOU.

40/Francisco Lozano, por Rodrigo Rubio PUERTAS.

41/Plácido Fleitas, por Lázaro SANTANA.

42/J. Vaquero, por Ramón SOLÍS.

En preparación:

Vaquero Turcios, por José Gerardo Manrique DE LARA.

Prieto Nespereira, por Carlos AREÁN.

Román Vallés, por Juan Eduardo CIRLOT.

Cristino de Vera, por Joaquín DE LA PUENTE.

Solana, por Rafael FLORES.

Juan Romero, por Rafael GÓMEZ PÉREZ.

Eduardo Sanz, por Vicente AGUILERA CERNI.

*Esta monografía sobre la vida y
la obra del pintor Joaquín Va-
quero Palacios ha sido realizada
en Madrid, en los talleres de
Gráficas Alonso*

llegado a alcanzar una personalidad múltiple y profunda. Los espacios desolados, las amarillas llanuras de Castilla, los desiertos, las masas rocosas, los volcanes o las playas solitarias alternan en su obra con los verdes intensos y palpitantes de las selvas americanas o los destellantes paisajes de la montaña asturiana. Sin embargo, en toda su obra, de tan gigantesca multiplicidad temática, se revela un propósito trascendental y profundo de búsqueda hacia el paisaje absoluto, despojado de todo lo que pueda distraer del mismo, limpio de anécdota, como si el paisaje no estuviese enmarcado en el tiempo, como si fuera el paisaje mismo del día de la Creación. En definitiva, una búsqueda más teológica que documental que corona y culmina una larga y tenaz inquietud artística.

Joaquín Vaquero hoy, a sus setenta y dos años, es uno de los pintores más inquietantes, más juvenilmente preocupados en una depuración de su arte, dentro de la pintura contemporánea española, tan llena de auténticos valores. Casado con Rosa Turcios, sobrina del gran poeta Rubén Darío, tiene un hijo pintor, y gran pintor: Joaquín Vaquero Turcios, con quien, sin menoscabo de un entrañable y mutuo sentimiento de admiración, compite por caminos diferentes, en inquietud juvenil y ansia de renovación.

Precio: 60 ptas.

SERIE PINTORES

